

La Esfera

1 Septiembre 1917

Año IV.—Núm. 192

ILUSTRACION MUNDIAL



VIEJA VALENCIANA, acuarela original de Constantino Gómez

MARCEL Boulanger, entre otros espíritus hartos amigos de la exactitud general, abogaba, no hace mucho aún, por que mientras el tiempo no forme su tamiz depurador, contengan los escritores su anhelo de fijar los cuadros y las ideas de la guerra; mas este dictado, por fortuna, no puede seguirse, y entre el fárrago, á veces ameno, donde se inventa ó comenta la hecatombe, comienzan á destacarse, con un doble valor estético y ético, algunas páginas. El primer mérito está casi siempre en razón directa de la limitación de visión; el segundo, de la repugnancia que todos los momentos y todos los papeles que en la guerra pueden corresponder á los hombres logren producir. Ambas condiciones las reúne el patético *Journal d'un Escoude*, de Henri Barbusse, sobre el cual escribió, hace poco, profunda y sobriamente, en estas mismas columnas, José Francés; y de modo menor artístico, pero casi tan eficaz, posee, sobre todo, el segundo de esos méritos, un artículo del noble periodista Lord Northcliffe, dirigido á los americanos, con el título, quizá demasiado absoluto, de *La Democracia es mala guerrera*.

Lord Northcliffe ha tenido ocasión de observar muy de cerca el funcionamiento de la guerra, y muchas de sus observaciones las expone á fin de que sepan los americanos cuántos escollos deben esquivar si quieren llegar en corto tiempo al fin. Anima el artículo un tremendo sentido práctico, y sin ciertas manifestaciones que necesitan ser complementadas entre líneas por el lector, creyéndose que sólo se trata de perfeccionar la hecatombe. El autor presupone que los americanos oyeron, para entrar en la contienda, la voz de Don Quijote, y nada les habla del ideal: es Sancho Panza quien exhorta. «Cuidad—dice á los positivos é idealistas sobrinos del tío Samuel—de no confundir la energía y el entusiasmo con la organización; temed á la censura, que, debiendo velar únicamente secretos militares, ha encubierto vergüenzas del avituallamiento, agios de asentistas, incurias ó ineptitudes. La guerra no es una ecuación, y el coeficiente de incertidumbre debe ser contrarrestado á cada minuto; nada de inmensos lotes de material, de aeroplanos, de automóviles blindados, que nosotros consideramos fracasados ya hasta cierto punto. A cada invento, la práctica y el ingenio añaden mejoras que todos los días van alejándolos del tipo inicial. El poner muchas manos en un plato nos ha costado tiempo, vidas, reverses, anulación de energías preciosas. Vuestro ejército, cuando venga, apenas puede contar con nada nuestro, ya que á nosotros muchas cosas principales nos faltan. Ha de traer—sépalos el impetuoso coronel Roosevelt—su alimentación especial, sus ropas y sus máquinas para lavarlas, sus propios medios de transporte, locomotoras, carros y rieles, sus arcos, pastos para sus caballos, cocinas automóbiles y estufas, material para erigir hospitales y hasta cinematógrafos, fonógrafos y revistas para recrear á sus heridos; legiones de mecánicos y personal técnico para cada organización, deben estar detrás de los mozos que cojan animosamente el fusil para defender la libertad bajo la advocación de la bandera de las franjas y las estrellas; y á esto deberán unirse aún intérpretes que no sólo sepan hablar, sino pensar en francés...» Esta ruda franqueza dirigiéndose á un pueblo cuya ayuda consideran los entusiastas de la causa aliada



¡A la guerra!

como decisiva, recuerda cierto episodio grotesco de *Port-Tarasón*. Pero apenas se traspasa la impresión primera y se entrevé el vasto fondo de verdad contenido en tan pocas líneas, toda idea cómica desaparece. Uno de los principales defectos de las democracias—sintetiza el ilustre periodista—consiste en el miedo de los gobernantes al pueblo y en la creencia de que debe alimentarse á cucharadas... á cucharadas de azúcar, sobre todo. El silencio creado por los franceses, alucinados aún por el recuerdo de 1870, en torpo de cada naciente personalidad militar capaz de engendrar partidismos, originó un funesto desconocimiento de valores entre los pueblos aliados. Y la guerra no la sostiene sólo los directores, sino el entusiasmo de la masa, que á su vez necesita nutrirse de algo más que de un sistemático silencio. Acerca de la necesidad de coordinación, dice también Lord Northcliffe verdades rotundas: la manera ideal de dirigir la guerra habría sido mediante un dictador, como lo fué en sus empresas mister Morgan; mas los dictadores son antipáticos á las democracias, y nosotros hemos aprendido, leyendo á Nicolay y la vida de Lincoln, escrita por Hay, mucho de cuanto debemos hacer y evitar en una guerra sostenida por la democracia. «Hasta hace muy poco, la guerra estaba conducida en la Gran Bretaña nada menos que por veintitrés personas, y, según dije en otra ocasión, veintitrés Napoleones juntos no hubiesen ganado una batalla, ni veintitrés Shakespeares escrito un solo drama nunca.»

Hasta aquí, el valor de los consejos depende sólo de la exactitud circunstancial; nada en ellos revela el horror eterno de la guerra, pues el entendimiento humano mide mejor por imágenes que por cifras en los problemas de dolor. Si se detuvieran aquí, tal vez diesen de los esfuerzos propulsores de la contienda idea tan nefanda como dan de los combates las narraciones de brillantes

heroísmos. La gimnasia obscura, anterior á esos magníficos esfuerzos, los brazos rotos, las energías abrotadas ó extenuadas, los músculos distendidos, se perciben con dificultad tras la orgía de números y la descripción de esfuerzos logrados. Aquí el agua, la miseria y la impotencia no son los protagonistas, como en *Le Feu*. Pero hay unas cuantas líneas que súbitamente realzan el valor del documento é infunden á la simple estadística la levadura del dolor humano: es de todo punto preciso, dice el linajado periodista del *Saturday Evening Post*, que los soldados que vayan al frente sean fisiológicamente perfectos; un riguroso examen médico de admisión evitará muchos descabros.

¿Percibís cuánto tiene de espantosa esta exigencia? La guerra quiere pechos robustos para agujerearlos con la metralla, oídos finos para romperlas con el fragor, manos listas para segar, piernas ágiles para cercenar, hombres fornidos para trocarlos en cadáveres ó en inválidos. Esta es la verdad única que debe grabarse para el futuro en los cerebros y en los corazones.

«Cada hombre, alumbrado por las llamaradas del volcán con un fulgor de gloria, tiene tras sí el interminable cortejo de hombres que tardaron mucho en hacerse animales recios, y que en un solo segundo perecen ó degeneran, que es más triste aún. Al considerar las consecuencias y suponer los posibles ejemplos de esta verdad, proclamada con franqueza sajona, viene al recuerdo el final de un capítulo de *L'île des Pingouins*, en el

cual la pluma gloriosa que tuvo siempre aceres ironías contra el militarismo y, por excepción, arrebatos casi oratorios para temer la guerra y contribuir á un socialismo fraternal, en *Vers les temps meilleurs* evoca la situación de Francia al concluir la epopeya napoleónica. —A su término—cuenta orgulloso un pingüino al visitante de su isla—sólo quedaban en Pingüinia los jorobados y los tullidos, de los cuales tenemos el honor de descender; pero, en cambio, teníamos la gloria... —Bien cara os la hizo pagar—insinúa el extranjero... —La gloria nunca es cara—arguye fieramente el pingüino.

Pero ya nadie os hará repetir su respuesta. En esta guerra, el antiguo aspecto deportivo que llevara á combatir antaño casi por placer, ha desaparecido para siempre. El formidable progreso material se prostituye y da á los combates algo de misterio terrible; una trinchera, anticipada fosa de muchos, la destruye un solo proyectil tirado por un cañón emboscado más allá del horizonte; la Muerte viene por caminos invisibles y sorprende á los hombres, no en el gallardo frenesí de esperarla ó de producirla, sino acurrucados, encenagados, empequeñecidos... ¡Y todavía exige Marte que se le inmolen los mejores y queden detrás los marcados por la Naturaleza! ¿En nombre de qué? Háblese de deberes, de tristes deberes, pero nadie hable de la gloria. El precio aparece esta vez demasiado caro. Y no es que haya crecido: es que por primera vez podemos verlo por completo. Esa gloria tan efímera se compra en la vida de paz con desvelos sin cuento que arruinan los centros nerviosos, y en la guerra por el crimen de lesa especie de enviar á perecer las juventudes que debieron ser padres de las obras de hoy y de las generaciones de mañana.

LA NOTA DE COLOR

EL ESCRITOR.— Quisiera dedicar unas cuartillas a este paisaje. El río es plácido, esos cerditos que están en la ribera acentúan la nota bucólica; los grandes árboles, llenos de rumor, me impelen irresistiblemente a la lírica...

EL AMIGO.— ¿Desea usted intentar eso que se llama «una nota de color»?

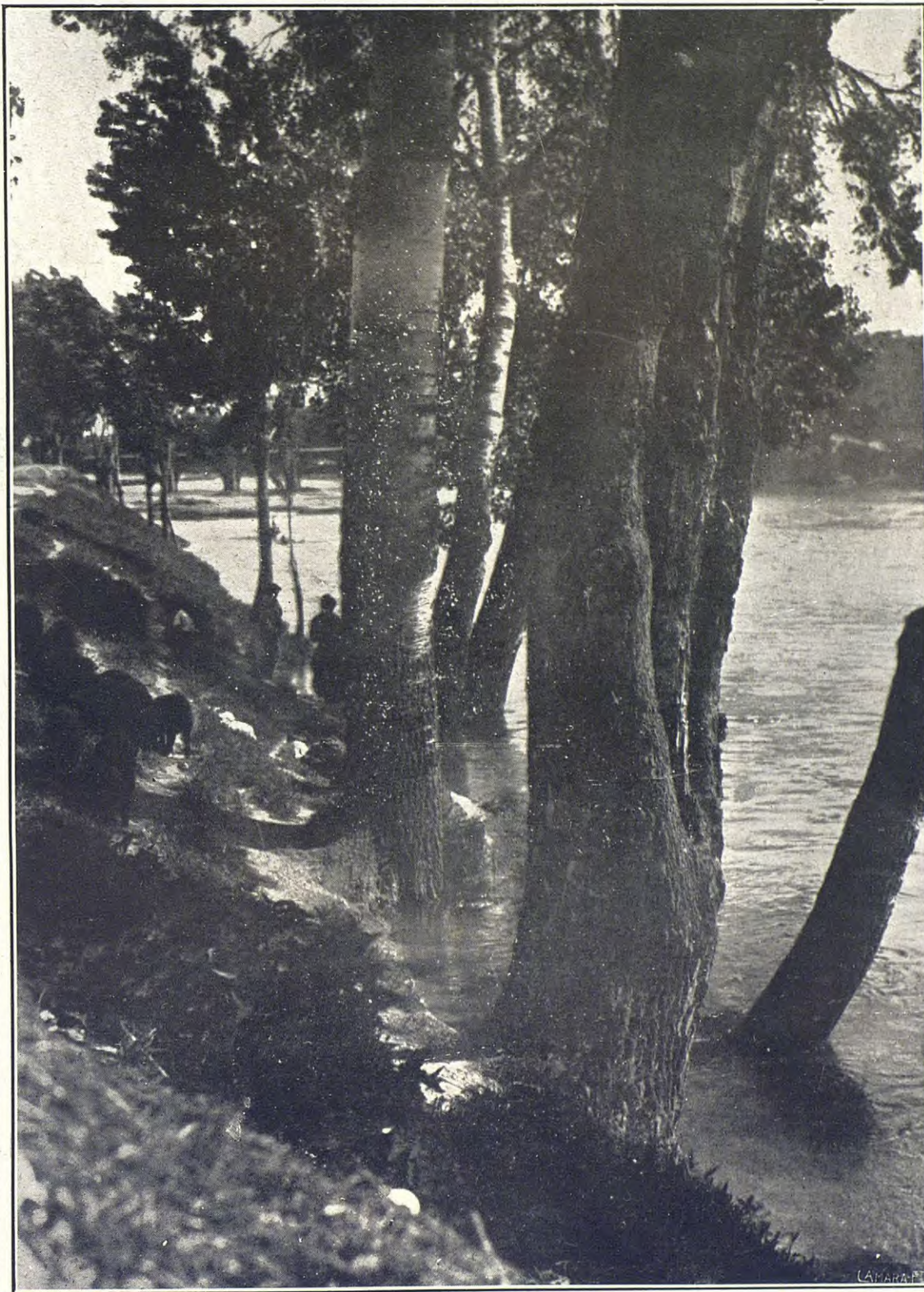
EL E.— Precisamente eso que se llama una «nota de color». Usted no puede darse idea de lo difícil que es escribir esas notas. Usted las lee y no ve en ellas más que palabras que se engarzan con cierta armonía, sin que lleguen a sugerir ninguna impresión ni ninguna idea. Usted cree entonces que el literato trazó aquellas cuartillas de una manera apresurada y casi inconsciente, como un músico que sopla en una flauta unas notas preliminares y distraídas. Grave error. Por culpa de los que como usted piensan, lo más florido de nuestra juventud literaria continúa comiendo tan sólo bocadillos sospechosos en cafés de última categoría. Las «notas de color» son la médula del arte. No hay nada más difícil que escribir acerca de cosas de las que no hay nada que decir. ¿Qué se le ocurriría a usted decir de ese río?

EL A.— Nada; no tendría nada que decir.

EL E.— He ahí reconocida la inferioridad de su talento. Usted no podría ser un escritor. Un escritor tiene el deber de poseer una opinión acerca de todos los ríos y de todos los árboles y de todos los cerditos. El director del periódico aparece junto a usted con una prueba fotográfica en la mano. «Amigo mío—le dice—: he aquí un paisaje del Jalón; conviene que haga usted un artículo acerca de él.» Usted no ha visto nunca el Jalón, pero usted tiene que consagrarle una nota colorista. Confiese que su turbación sería honda y sincera.

EL A.— Tengo que confesarlo, en efecto.

EL E.— Estoy seguro de que no se le ocurriría a usted hablar de las ondinas, ni siquiera idear un viaje por el curso apacible en una barca enguinaldada, con una novia rubia cuya melena pendiese por la borda hasta el agua y fuese una estela de oro. Es posible que se detu-



Paisaje de El Pardo, por Sol

viese usted en el escrúpulo de que acaso el río no fuese navegable, sin contar que para la fantasía de un poeta todos los ríos son navegables. En un trance parecido, un literato amigo mío narró cómo duermen los cocodrilos entre los cañaverales de las orillas del Sil. ¿Hay cocodrilos en el Sil?... Me han asegurado seriamente que no. Sin embargo, aquel artículo era irreprochable como nota de color; tendré el placer de leerlo. Yo podría también hablar de algo intensamente lírico, tal como los ibis sagrados. Pero no quiero ocultarle a usted que la inoportuna presencia de esos cerdos, que buscan bellotas bajo las encinas, me arredra bastante.

EL A.— Yo leí alguna vez una poesía en la que

se hablaba de los cerdos.

EL E.— Sería una fábula. Aparte las fábulas, los cerdos no tienen acceso en la literatura. En lo que a ese punto importante se refiere, estamos de acuerdo los preceptistas de todos los países. La pluma de cualquier escritor tropieza con un cerdo y se desvía desdenosamente. Acaso a usted le parezca esto una injusticia. Yo no sabría darle a usted la razón oportuna; pero le aseguro que no hay posibilidad de escribir una mediana nota de color en cuanto sea preciso citar a un cerdo. ¿Adivina usted lo que diré en mis cuartillas?

EL A.— No me atrevo a intentarlo.

EL E.— No obstante, bastaría una pequeña asociación de ideas. Contemplamos ahora un paisaje de El Pardo. ¿Qué puede recordar El Pardo?

EL A.— Qué sé yo...; mil cosas...

EL E.— Tan sólo una para el escritor: un hombre: don Francisco de Goya. Voy a escribir unas cuartillas goyescas. Su inopia no le ha permitido observar que esta es la presente moda literaria. Todo ha de ser goyesco: se escriben sainetes y comedias y dramas en las que surge Goya; se improvisan fiestas a lo Goya, con un organillo, media docena de modistas y un mantón de colorines; yo he asistido a un baile goyesco en Barbieri, donde las mujeres iban vestidas de Pierrot y los hombres envueltos en sábanas que fingían turbantes... Lo goyesco, como usted ve, es

de una amplitud que permite al artista mil divagaciones. Yo tengo, acerca de eso, ideas de una gran novedad: evocaré en mi crónica duquesas de mantilla que van, con una terrible navaja, a buscar a los chisperos, de que están viciosamente enamoradas. Una calesa cascabelera las llevará, y Malasaña les echará un piropo cuando pasen... Todo esto es original y está en el ambiente... Vea usted, amigo mío, cómo al mágico conjuro del arte he transformado esos cerditos y convertido el encaje de la fronda en el encaje de una mantilla. Una mantilla, amigo mío... ¿Usted se da cuenta de lo que es una mantilla en una nota de color?...

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

LA ESFERA

ARTE MODERNO



RETRATO DE LA GENTILISIMA ACTRIZ LUISA PUCHOL
Cuadro original del ilustre pintor José Pinazo Martínez

RODRÍGUEZ MARÍN

UNA nueva edición crítica y anotada del *Ingenioso Hidalgo*, impresa con la galanura y gusto que merece el divino libro, y otra de *La ilustre fregona*, recién publicadas, enriquecen la admirable obra cervantina de Rodríguez Marín. Más aún, parecen ser como coronamiento y resumen de toda ella, y, á la vez, depuración de la estupenda labor á veces equivocada y disparatada, que realizaron los cervantistas del siglo XIX. Ahora puede decirse, en verdad, que no queda en las letras de Cervantes concepto obscuro que desentrañar, frase que escudriñar, modismo olvidado que entender. Con esta guía cierta de las notas de Rodríguez Marín, en que la erudición se nos ofrece amena, alegre y donosa como juvenzuela dicharachera y burlona, leemos el *Quijote*, *La ilustre fregona*, *Rinconete* y *Cortadillo* y las demás novelas ejemplares, viendo resurgir en nosotros mismos el pensamiento de Cervantes como se ve una luz, como se ve el cielo limpio de nubes, como se ve el sol.

¡Labor asombrosa de toda una vida es ésta! La figura de Rodríguez Marín fuera de las más ilustres de la España de ahora, por su obra poética, que va quedando relegada injustamente á segundo término en la propia voluntad del autor. El Bachiller Francisco de Osuna, cuyo es su seudónimo, ha escrito sonetos incomparables y letrillas deliciosas. Fuera de las más ilustres, por su participación en los trabajos literarios de los bibliófilos andaluces; por haber encontrado nuevos documentos cervantinos; por sus estudios críticos é históricos de nuestra Literatura del Siglo de Oro; por su prosa castellana, flúida y grácil, donde el gusto clásico se refleja sin el empaque ridículo de los que quieren ser escritores castizos de puro artificio. Bastaría todo esto, y una parte de ello solamente, para que tuviéramos á Rodríguez Marín por uno de los más grandes escritores contemporáneos.

Sumad á ello esta labor de lector de Cervantes; de lector de toda la vida, que va estudiándole y conociéndole y acercándose á él; que,



D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

FOT. KAULAK

para interpretarle, le hace resucitar en el medio ambiente en que el atormentado Miguel viviera, y escudriña los detalles más pequeños de aquellos sucesos, aquellas costumbres y aquel idioma y los relaciona con las frases que Cervantes escribiera, antaño cristalinas, hoy confusas, y con los personajes de carne y hueso que quisiera copiar en letras su ingenio soberano. Así, estas notas del *Quijote*, más que una obra de erudición, son como un halo de luz histórica que rodea á aquel mundo de soñadores, de locos y de pícaros con que Cervantes compuso su libro.

No queda así en el *Quijote* belleza que no podamos gozar plenamente. Ni siquiera parece interrupción el suspender la lectura del texto para acudir á la nota, porque la característica de la erudición de Rodríguez Marín es la amenidad y la gracia. Además se nos ofrece aquí el verdadero milagro intelectual de una adaptación tal—casi escribiéramos de una compenetración—al espíritu, al pensamiento y al modo de hacer de Cervantes,

que muchas notas parecen fragmentos del texto mismo, ó como si el mismo Cervantes, mudados los tiempos y aparecido hoy, hubiera creído necesario escribirlas él mismo, para que le entendiésemos bien.

La guerra nos hurtó la celebración del tercer centenario de la muerte de Cervantes. Las preocupaciones que dicen padece España, aunque no se las ve en la vida madrileña ni en las playas de moda, donde todo es gustos y fiestas, parecen desdeñar las obras literarias. En la América hispánica no están las cosas tampoco para recreaciones del espíritu. Los eruditos cervantófilos y calderonistas de Alemania tardarán aún meses y meses en recibir los tomos de esta edición del *Quijote*. En mala hora ha realizado Rodríguez Marín la más alta, noble, cumplida y admirable empresa literaria que conoce la España de este siglo. Por ello debiéramos poner todo esfuerzo en una reparación.

No la pidamos al empaque de la Academia, ni á la fugacidad de los periódicos, ni á la insulsez trampantojera del Ayuntamiento de Madrid, piedra más de tontería que de escándalo. Volvamos los ojos á la genial Sevilla, que resucita artista en esta edad prosaica. En su parque, singularísimo, de pleno carácter andaluz, debiera rendirse un homenaje á Rodríguez Marín, y este homenaje debiera consistir en entregarle un trozo de aquellas umbrías y avenidas para que hiciera en ellas, con varios escultores y alarifes á sus órdenes, la Sevilla cervántica; no sólo la que Cervantes escribió, sino la que vivió; todo ello sin pedestales, que tienen algo de altares de idolatría, sino las esculturas, á ras de tierra, con sus pies sobre el césped ó la arena, como los tuvieron en vida. De tal suerte, se alzarían la posada de Tomás Gutiérrez y el patio de Monipodio; y desde Rodrigo Caro á la Cariharta, resucitaría, al conjuro de Rodríguez Marín, aquella Sevilla, la más bella y grandiosa que nunca fué, que el homenaje que se le rindiera consistiría en la admiración que su obra produjera. Y bastaría una modesta lápida donde dijera: «Esta maravilla hizo Rodríguez Marín en mármoles y en libros.»

ACTUALIDAD ARTÍSTICA
LA EXPOSICIÓN DE GRANADA

ORGANIZADA por el Centro Artístico Literario de Granada se ha celebrado recientemente en aquella ciudad una importantísima Exposición de Bellas Artes y Artes Industriales.

A la Exposición han concurrido solamente artistas granadinos, y se componía de las secciones de pintura, escultura, arquitectura, artes aplicadas y fotografía, con más un envío especial de la Escuela de Artes y Oficios.

Desde luego, la sección menos nutrida é importante ha resultado la de pintura, toda vez que en las ciento diez y siete obras expuestas eran muy pocas las sobresalientes. Faltaban en ellas los dos maestros de la pintura granadina contemporánea: López Mezquita y Rodríguez Acosta, y esta falta, además de privar á los principiantes de un ejemplo meritísimo, dejaba en un nivel de igualdad inferior á todos los envíos.

Distinguíanse, no obstante, *El mielero*, de Gabriel Morcillo, joven pintor de excelentes condiciones; los cuadros de Muñoz Lucena; los paisajes de Ismael González de la Serna, que tan halagador éxito obtuvo este invierno en Madrid; las ilustraciones y dibujos de carácter editorial de Luis Derqui; los cuadros de Federico Carlos Troher, Ruiz de Almodóvar, Latorre, Arcas Torrente; los carteles de Carazo Martínez y las acuarelas de Wynne Apperley; un retrato firmado por Manuel Ortiz y otro, de Natalio Rivas, por Raúl Sánchez. También había una pequeña sección de caricatura en la que se destacaban doce dibujos de López Sancho y dos de Adrián Almoguera.

En la sección de escultura, lo más saliente era el envío de Juan Cristóbal. Rápidamente conquista una gloriosa reputación este joven artista.



Vista general de la galería de la sección de pintura en la Exposición de Bellas Artes y Artes Industriales de Granada

Seguían en interés técnico las obras de Luis Morina de Haro, *Cabeza de estudio*, *Pensativa*, *Autorretrato* y *Gitana*, de las cuales tal vez la última sea la más notable.

Completaban la sección diversas esculturas de Valero Ibáñez, Panizas Morales, Navas Parejo, Martín Simón, Jacinto García y Negro López. En arquitectura se distinguían únicamente los proyectos de Ricardo Santa Cruz, ajustado uno de ellos á la cláusula de convocatoria, donde se pedían «especialmente los de carácter típicamente granadinos».

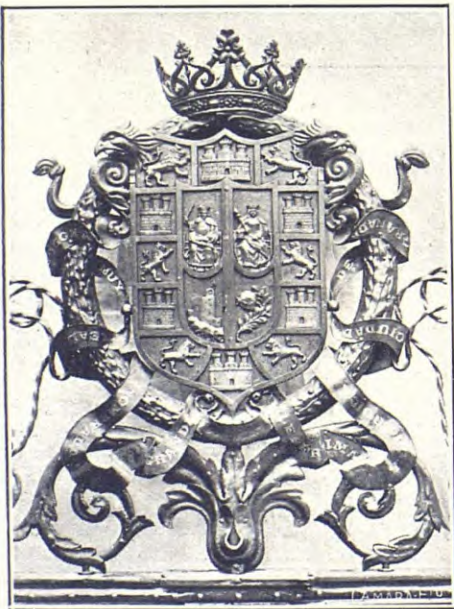
«De los demás proyectos—decía el joven es-

critor González de la Serna en la *Gaceta del Sur*—ninguno marca un carácter ni nada nuevo; la casa de Correos y Telégrafos de Málaga es un conjunto pobre; el proyecto de Palacio para el obispo, en estilo de Renacimiento, está mejor ideado; la sala de lectura para el Centro Artístico, inspirada en el gótico, no creo que esté en armonía con los deseos de conservar el carácter que muestra la Sociedad; el proyecto de invernadero es muy vistoso dentro de lo moderno; el monumento para conmemorar una catástrofe naval está bien de conjunto y de línea, y del proyecto de hotel en Sierra Nevada, insisto en lo dicho: no hay que extranjerizar nuestras montañas.»

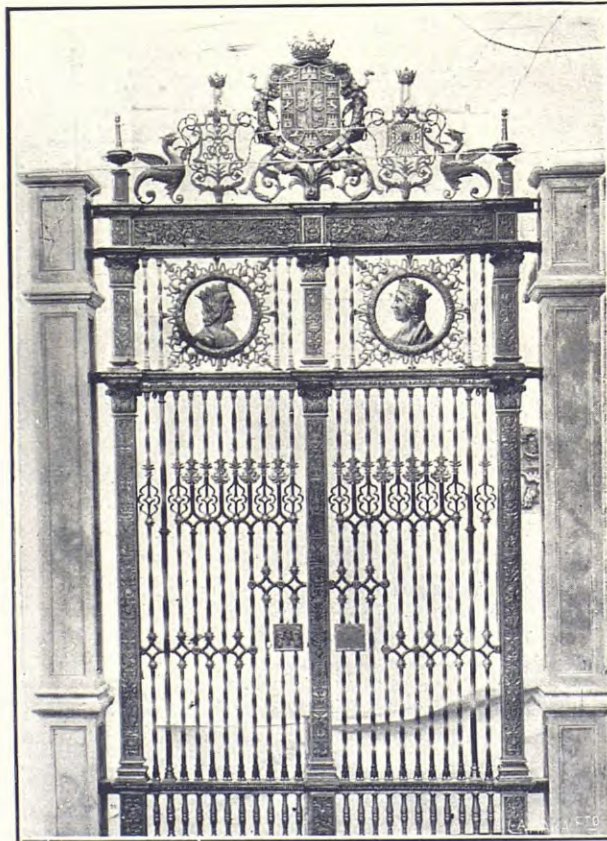
Sendas salas se habían consagrado al granadino Torres Molina y al alemán Paul Sollmann en la sección de fotografía. Ambos son frecuentes colaboradores de LA ESFERA, y antes de ahora hemos podido apreciar su maestría y competencia.

También exponían retratos, paisajes y composiciones diversas, Rioja de Pablo, Robles Pozo, López del Hierro, Rehder, Vilches, Juan Mármol, Cifuentes y Góngora.

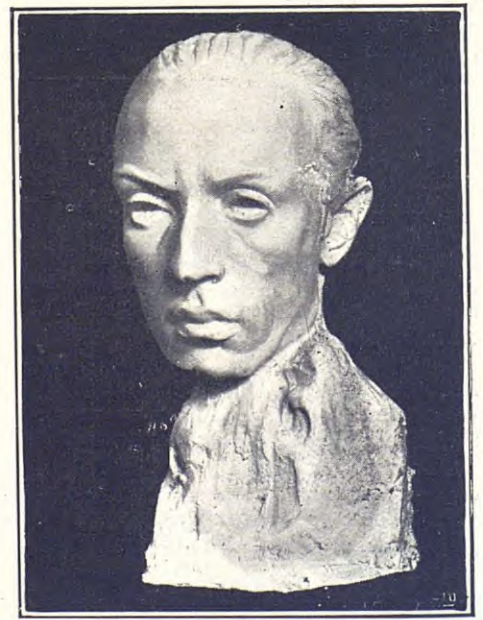
Pero la verdadera importancia de la Exposición radicó en las Artes aplicadas y decorativas, tanto por los conjuntos presentados por industriales y fabricantes, cuanto por los envíos de la Escuela de Artes y Oficios. Abundaban las obras de verdadero mérito, entre las que se destacaba la magnífica verja que, con destino al Ayuntamiento, é inspirada en la de la capilla de los Reyes Católicos, han ejecutado los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios bajo la dirección de los profesores Martín, Chacón y Sabater.—S. L.



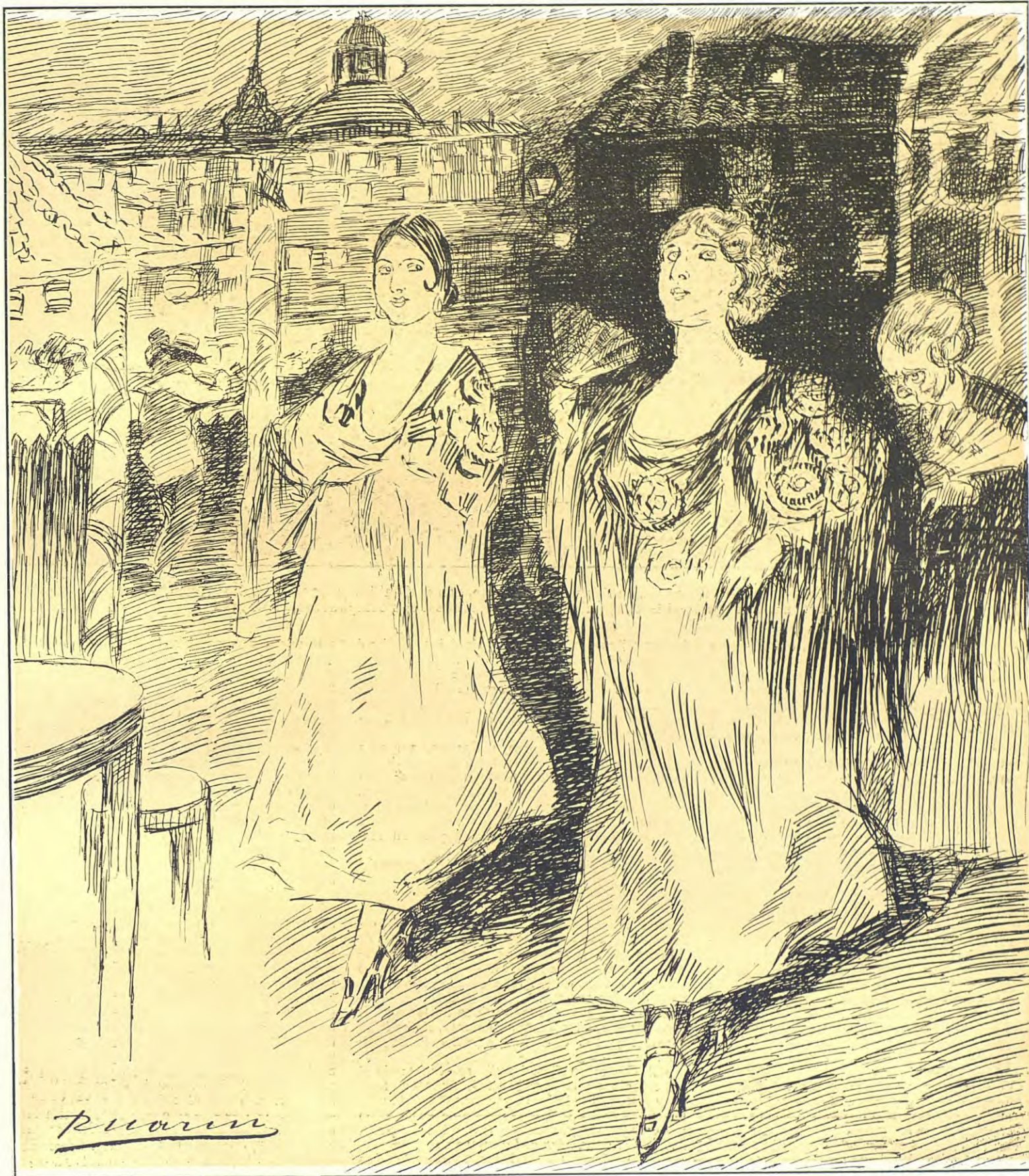
Escudo que remata la verja de la Escuela de Artes y Oficios



Verja ejecutada por los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, con destino al Ayuntamiento



«El hombre sin ojos», escultura original de Juan Cristóbal



UNA MORENA Y UNA RUBIA...

Está en el recuerdo nostálgico de todos la carne luminosa y el espíritu cantarino de Consuelo, que nació chulilla madrileña y acabó en cupletista parisiense. Cada primavera, la maja visitaba la patria. Un día inesperado murió la vencedora entre nosotros... Pero querríamos evocar memorias más amables que las del epílogo de aquella vida de aquella mujer que se sentía pájaro y flor...

Precisamente en estos instantes acude en alas de la añoranza una escena pintoresca, en que la heroína fue Consuelito... Acabamos de recorrer una verbená, y en medio de las albahacas y los buñuelos, reconocimos á una morenaza que una tarde nos presentó la cancionista en la tertulia suya del cuarto del hotel...

¡El té de Consuelo! Asistían literatos, pintores, muchachos ricos, toreros, la *Peña*, el *Ate-neo* y el *Suizo*.

En la penumbra del dormitorio, allí al lado, se extendía sobre la cama un mantón de Manila...

La morenaza á que nos referimos surgió un buen día en la reunión. Consuelo la abrazó y besuqueó, le ofreció todas las naderías transpirenaicas que se hallaban al alcance de la mano, un *bout doré*, una copa de Sherry Brandy. A todo hizo ascos la bravía con un picaresco mohín. Sólo quedó encantada ante el pañolón de chinos. Terminó por agarrarlo y probarlo con una infinita voluptuosidad.

—Te lo regalo—dijo de pronto Consuelo, en uno de sus rasgos proverbiales.

—Pero, mujer...

—Anda... Oyes, ¿te acuerdas de cuando íbamos juntas á las verbenas?

—Sí..., ya lo creo...

—Hemos de volver... Y como yo ahora soy rubia...

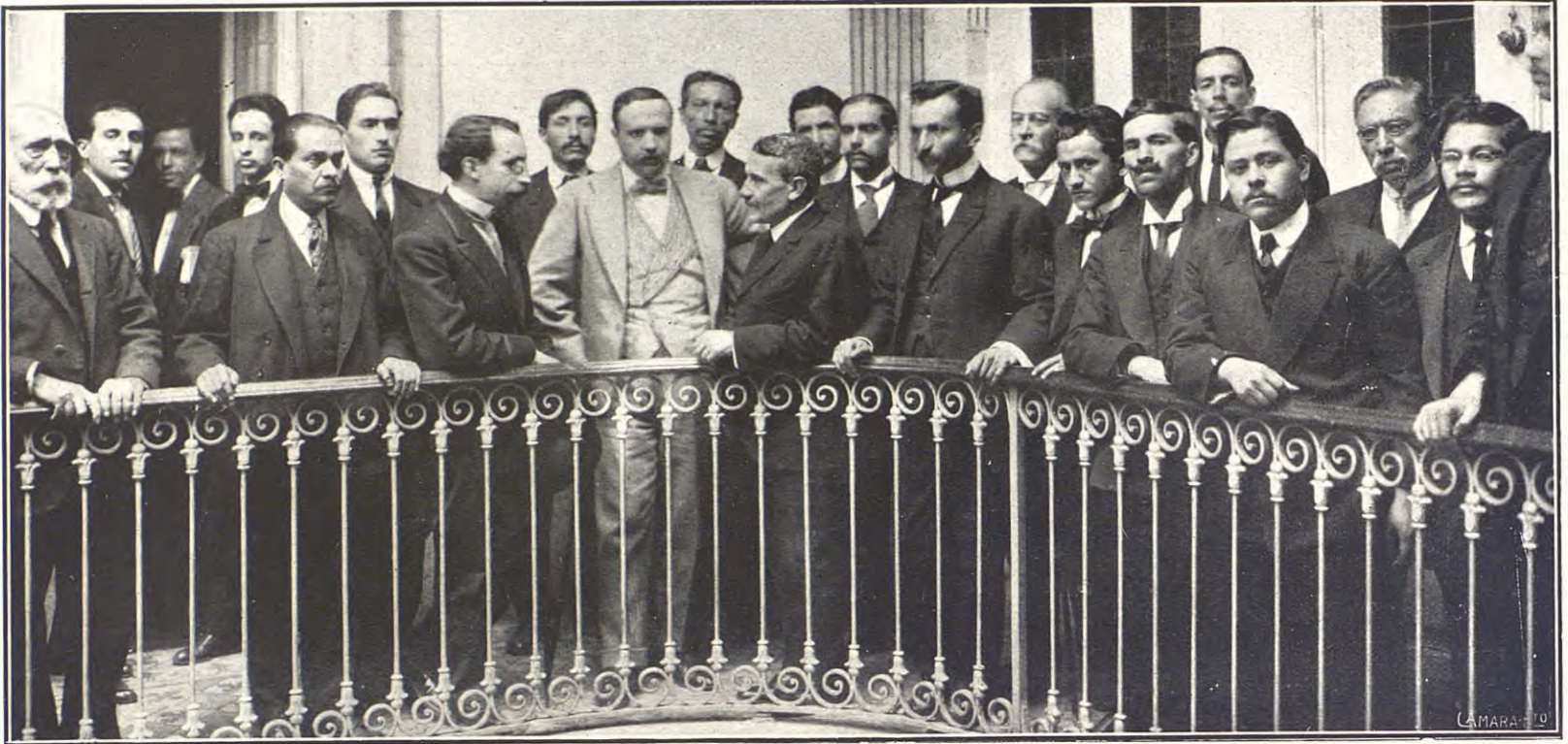
—Na... ¡La de la *Paloma*!...

Esta noche vi á la morucha aquella en el holgorio y llevaba el mantón de Consuelo. Dejé que huyera la gitana en un caballito del Tío Vivo... Porque la acompañaba el *señor boticario*... y el que más y el que menos se sentía Julián...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE MARÍN

MÉJICO Y ESPAÑA



El insigne poeta Salvador Rueda rodeado de los estudiantes mejicanos que, con el director general de Bellas Artes, D. Alfonso Cravioto, fueron á entregarle el mensaje dirigido por aquéllos á sus compañeros de España

ENTRE las innumerables fiestas, así oficiales como populares, que acaban de realizarse en la gran República mejicana en honor del espíritu español, han figurado, con color y relieve únicos, las del cultísimo mundo estudiantil, que, con impulso generoso, ha dado la nota de juventud, de patriotismo y de noble y franca alegría.

Estas aclamaciones de los estudiantes han sido fervorosamente ofrecidas con el nombre de gallos; fiestas originales y características de aquella tierra rica de colorido propio, de canciones y música propias, de costumbres, indumentaria y ambiente no parecidos á los de ninguna otra nación. Estos gallos tienen, tal vez, ese nombre, por ser ofrecidos á la hora en que el gallo empieza á anunciar el día; y son como á modo de serenatas, puesto que llevan bandas de música, y conducen, además, iluminaciones, carrozas, cabalgaduras vestidas de máscara con jinetes también enmascarados, alegorías, símbolos, bengalas.

Y ocurre, que entre el gentío atronador que llena de punta á punta la calle, desde una de esas vistosas cabalgaduras, pronuncia su misterioso jinete un discurso, modelo de cultura, lleno de ideas grandes y de fuego tribunicio que conmueve y arranca largas ovaciones de la muchedumbre. No podía uno esperar que de una alegre serenata surgiera tan hermoso discurso, y es que el enmascarado, como todos los demás estudiantes que constituyen el gallo y tienen acción en él, son juventud investida con todos los adelantos y todas las galas del saber. De entre el mar de cabezas que arrebolan las bengalas, surge, desde lo alto de una carroza, otra voz de barítono ó de tenor, que canta una canción mejicana de divina tristeza que nos emociona hondamente y deja el vivo deseo de oír otra y otra, á cada cual más llena de poesía y de sentimiento. Si pedís un baile de la tierra, típico, os bailarán *el jarabe*, en derredor de un amplio sombrero mejicano echado en tierra, y probaréis una emoción nueva y veréis enlaces y giros de una novedad sorprendente. Otra vez prestáis atención, y de entre el mar de gente sale una voz jocosa, la de un estudiante que pronuncia un discurso de risa, no por eso menos ingenioso ni menos dotado de patrióticos arranques. Así estáis horas y horas. La calle se mece con la efervescencia tumultuosa de olas agitadas. Los brazos se levantan para saludaros, los rostros se dilatan en una expresión de amor y simpatía, y cuando pudierais creer que ya está agotada tanta inspiración, tanto entusiasmo, vuelve á estallar una voz poderosa que recita, que declama una poesía de corte grandioso, de estro-

fas centelleantes, de alto temple épico, hecha á medida de la muchedumbre que llena la plaza. Es un Tirteo mejicano, lleno de ímpetu, que arroja una deslumbrante arenga á la unión de las dos banderas, la mejicana y la española, que ellos mismos traen enlazada en un indisoluble abrazo de amor.

Así son los estudiantes mejicanos, aptos no sólo para alcanzar brillantemente sus títulos académicos, sino aptos también para el discurso, para la conferencia, para la poesía, para las contiendas civiles, para el manejo de la espada, y hasta para dar, si preciso fuera, su propia vida en aras de su nacionalidad y de su historia.

Así ha surgido esa generación de jóvenes del seno de los catedráticos ilustres de aquella Universidad, y así los ha modelado en su corazón grande y en su cerebro ancho y hondo donde arden las más altas ideas, el eminente filósofo D. Antonio Caso, orgullo, prez y honra de aquella raza viril, hombre-pensador, hombre-artista, hombre-poeta, que lleva en sus ojos las luces de todas las ciencias y en su pecho fecundo todos los amores.

En una de esas incomparables fiestas me fué entregado, con todo amor y respeto, el siguiente mensaje de los cultísimos estudiantes de Méjico:

«El Congreso Estudiantil, representando á los estudiantes de la República, envía un efusivo y fraternal saludo á sus compañeros los estudiantes españoles, deseando obtener de ellos relaciones directas de confraternidad.—Soto, Prieto, Torner, Morin, Lombardo.»

Celebraré con todo mi corazón que las dos Juventudes tiendan sobre el Océano el puente espiritual que debe persistir á través de la distancia y de la Historia. Y celebraré también que la Prensa de los dos países preste una atención decidida á todo lo que sea convivencia de ideas entre las dos naciones que más se parecen, en cuerpo y en espíritu, de cuantas he visitado en el mundo.

Las caravanas de emigración que van de España á otros países, deben cambiar el rumbo é ir á la fecunda tierra mejicana; en todas sus ciudades están haciendo falta trabajadores, capitalistas, industriales, labriegos, intérpretes de las artes útiles. Pasada la revolución, ya puede irse á tan rico país, rico, además, en inteligencias de selección, profesores, catedráticos, hombres de carrera, pintores, músicos, poetas, oradores, todo lo que convirtió siempre á Méjico en una Atenas celebrada.

Los que se decidan á visitar aquella nación se encontrarán, al recorrer sus ciudades, con

una sorpresa peregrina: la de sentir muy cerca, casi dando contra nuestro pecho, todo lo de la conquista. En otros países americanos no saltan tanto á la vista estos signos de la transfusión civilizadora. En Méjico, pudiera decirse que uno tropieza con los héroes, con las espadas que cumplieron su misión quirúrgico-histórica, con los sucesos, con los ritos consagrados, y desde luego se tocan, porque allí están, las pilas bautismales que marcaron la raya divisoria de las dos civilizaciones, los púlpitos donde primero se promulgaron los Evangelios, las iglesias de incomparable estilo colonial, donde por la primera vez uno ve la acción del genio, aún poco enaltecido, de Churriguera, tal como fué, con su fantasía grande y selecta y su inspiración arrolladora.

¡Oh, quien no ha visto los templos de la República mejicana, no tiene idea de lo que es arte milagroso, ni ha visto maravillas! Solamente los templos todos de Méjico se pudieran cambiar por alguna nación entera de Europa. Allí encontrará, el que vaya, que los siglos no han retirado, casi, los sucesos; verá banderas de entonces, que parecen de hoy; bordados litúrgicos, casullas, capas pluviales, que parecen bordados ahora. El español consciente que ve Méjico, todo Méjico, se queda para siempre enamorado y cautivo de esta magia de centurias y de esta ancianidad milagrosa, de la gran ciudad que era ya mil veces insigne, cuando la conquistó Hernán Cortés. Tiene el color del sagrado marfil antiguo. ¡Yo la adoro como si toda ella fuese un altar!

ooo

Por haberseme recibido oficialmente y haberseme tenido en la *Meca americana* como huésped de honor, doy unas gracias salidas de lo más profundo de mi ser, al excelentísimo señor D. Gustavo Espinosa Mireles, gobernador del Estado de Coahuila y culminante figura mejicana, y al honorable presidente de la República, Excmo. Sr. D. Venustiano Carranza, en cuyo honor merecido, yo he escuchado á la grandiosa, á la estupenda catedral de Méjico, lazar un repique de triunfo tan sublime, que no se me olvidará mientras tenga vida. Con todo el resonante árbol de campanas de la «hombruna» catedral de Méjico en mis manos, lazo otro repique por la prosperidad de la República y por la confraternidad hispano-mejicana.

Mis manos en las de Cravioto. León, Enciso, y de todas las ilustres figuras que me honraron y me enaltecieron. Mi infinita gratitud á la Prensa.

SALVADOR RUEDA

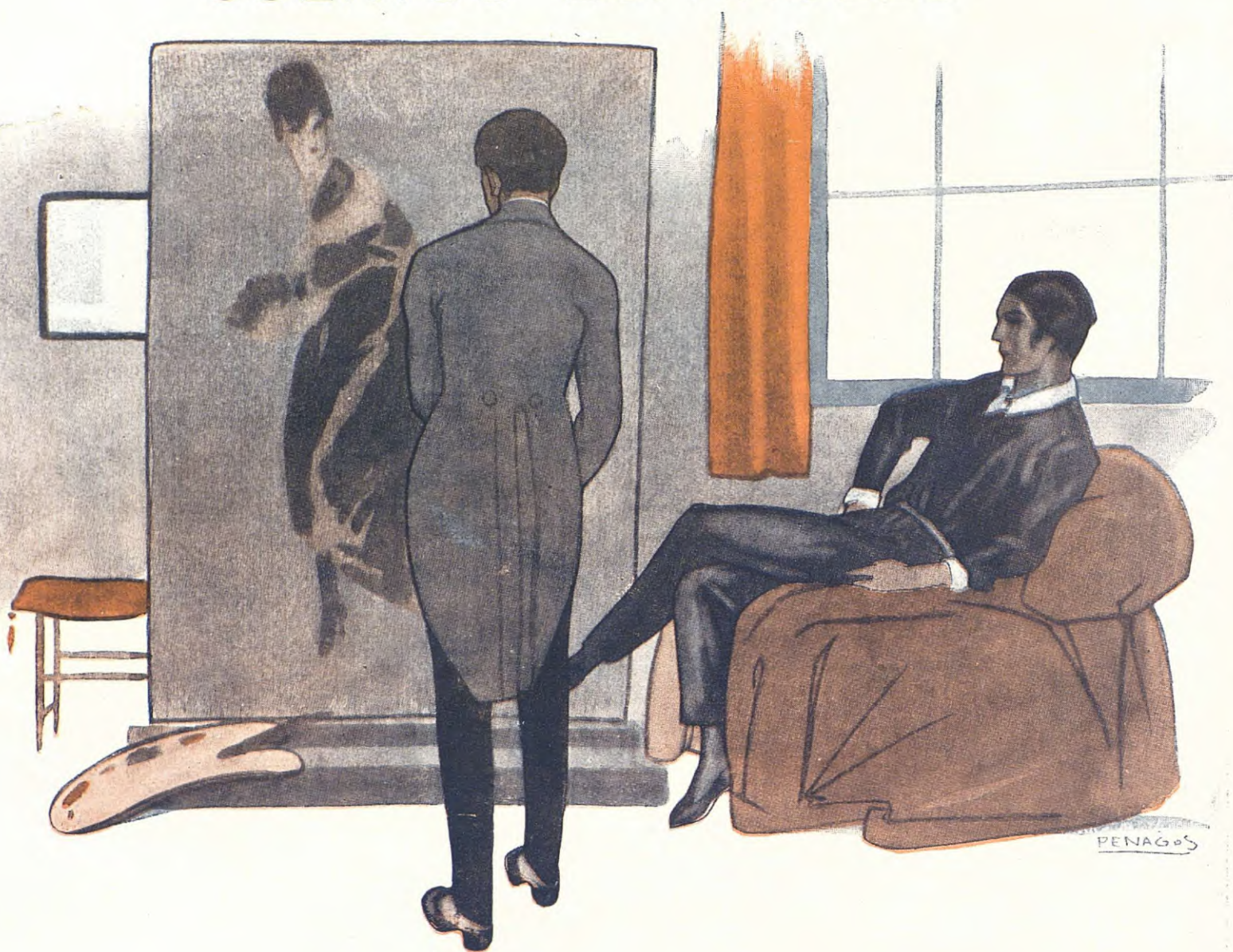
ESCENAS DE LA GUERRA



ARTILLEROS INGLESES GUARECIÉNDOSE EN UN ABRIGO SUBTERRÁNEO, DURANTE EL "FUEGO DE CONTENCIÓN" DE LAS BATERÍAS ALEMANAS

DIBUJO DE MATANIA

CUENTOS ESPAÑOLES



LA ENGAÑADORA

HERMOSA mujer y hermoso retrato, querido Luis!—exclamé con fervido entusiasmo al contemplar la magnífica obra de arte.

—¿Te gusta?

—Sencillamente me admira, porque tus magos pinceles, al trazar ese rostro, han realizado el portento de darle alma... Esa mujer impresionada inspira vaga inquietud... En sus ojos garzos, en la sonrisa que anima su semblante, hay algo c. péfido que desconcierta...

—¡Maravilloso!—exclamó Luis interrumpiéndome—. Tal fué el original.

—¿Luego ya no es?—repliqué sorprendido.

—Murió hace unos cuantos meses.

A esta triste afirmación siguió una pausa.

La luz cenital, en aquella hora vespertina de un día abrileno, impregnaba el estudio de melancólica placidez.

Luis, dejando la paleta sobre el caballete, fué á sentarse en un escabel de talla antigua, frente á su obra, y reanudó el diálogo.

—La misma impresión que te ha producido el retrato, me produjo á mí el original, al serme presentado por su marido, un tal Lucio de la Ortega, excelente muchacho, á quien conocí en mi época de estudiante.

Hacia ya mucho tiempo que no nos veíamos, y la casualidad quiso que nos encontráramos en una de las playas del Cantábrico. Durante la temporada veraniega frecuenté el hotelito que tenían alquilado, y te confieso que siempre, en

presencia de Julia, la mujer, experimentaba un recelo, un temor, estúpidos por lo injustificados. Julia observaba una conducta irreprochable, y parecía estar realmente enamorada de su marido, el cual no cesaba de repetirme, con vehemente sinceridad: «Tengo miedo de ser tan feliz». Oíale y sus palabras me causaban un desasosiego, un malestar indefinible, porque en los ojos garzos de Julia, en su risa, en su gesto, adivinaba un alma pérfida que disponía á maravilla de las artes del disimulo.

En buena lógica, eran ridículas mis suposiciones, y, no obstante, no podía vencer el sentimiento de lástima que me inspiraba aquel Lucio, tan buenazo, tan cándido y simplón, que tenía miedo á su felicidad.

Al saber que mis amigos ponían término á su veraneo y retornaban á su casa, respiré con la satisfacción del que se ve libre de una enojosa pesadilla.

Luis calló al llegar á este punto, y después de encender un pitillo, continuó:

—Nunca más volví á ver á Julia. Alguna que otra vez, su marido venía al estudio á llamarme ingrato, faltón y mala persona, por no ir á su casa y proporcionar con mi visita una gran alegría á su mujer. Este era el prelude obligado; luego, pasábase todo el rato hablándome de su mujer con la calurosa verbosidad de quien se refiere al objeto de una pasión que domina todas las potencias de su alma.

«—Mi Julia es...»—empezaba. Y no quieras saber lo que era su Julia: la más amante, buena, abnegada, hacendosa y ejemplar de las mujeres; al concluir sus ditirambos, el *ritornello*: su miedo á tanta ventura.

Llevaba ya más de un año sin parecer por el estudio, cuando una mañana le vi entrar vestido de riguroso luto, pálido y desencajado el semblante.

Echándome los brazos al cuello, y sollozando, me dió la fatal nueva de la muerte de su Julia.

«—¡Presentía la catástrofe!... ¡La esperaba siempre! ¡Era demasiada felicidad la mía!»—hipaba el desdichado.

Mis frases cariñosas de consuelo, en vez de la acción sedante que suponía ejercieran en su espíritu, exacerbaron su dolor, su pena.

«—Hasta que la he perdido no he sabido cuánto valía la pobrecilla»—sollozaba.

Me contó la existencia mísera que arrastraba en manos de un ama de llaves que le explotaba, según él, de una manera inicua, escandalosa.

«—No me alcanza el sueldo—decía—. Estoy entrampado, cosa que nunca me ha sucedido... Antes vivía con holgura, casi con lujo. Mi mesa era presentable, nuestro guardarropa espléndido, teníamos un abono al Real, ya sabes lo apasionada que Julia era por la música; pasábamos el verano fuera, podíamos satisfacer al gún que otro capricho... Ahora es ruin mi comida, mi indumentaria; no puedo distrac un

céntimo en nada superfluo, por faltarme aun para lo más necesario; todos los meses cierro mis cuentas con un déficit abrumador... Y es que mi Julia era una mujer modelo, excepcional, que sabía hacer de una peseta dos... «Refrescaba» sus vestidos, sus sombreros, compraba las telas y los adornos en los saldos, y las modistas no la cobraban las hechuras, á cambio de las parroquianas que mi mujer las proporcionaba... Estos detalles, entre otros muchos que podía referirte, bastan para dar idea de lo ordenada, hacendosa y económica que era la pobrecita de mi alma...»

Después del panegírico, y no sin titubear, acabó Lucio por pedirme, temblando de emoción, que le hiciera el retrato de su Julia. Y presentándome una fotografía en la que se adivinaban muchas lágrimas y muchos besos, aseguró que la mayor prueba de amistad que podía darle era la de acceder á su ruego.

«—Te pagaré cuanto quieras—afirmó resueltamente—, «y aún te seré deudor, porque con todo el dinero del mundo no se paga el placer que tu obra ha de proporcionarme...»

«—Pues con ese placer tuyo me consideraré pagado con exceso—le repliqué.

No hay para qué ponderar la alegría con que el pobre acogió mi promesa, ni repetir sus frases de gratitud.

El narrador guardó repentino silencio, y fija la mirada en el lienzo, sobre el que caía la luz desmayada del crepúsculo, prosiguió:

—Sí, realmente estoy satisfecho de ese retra-

to, porque logré poner en él algo del espíritu que animó al original... Después de todo, no tiene mérito alguno que así sea. Cualquiera en mi caso habría hecho lo mismo.

—Cualquiera—le interrumpí—que fuese un gran artista como tú.

—¡Bah! Es que «sentía» el modelo. Eso es todo... Y ahora oye lo más grave de esta historia. No eran ridículas mis presunciones: Julia es, mejor dicho, fué lo que yo instintivamente supuse.

Engañó de un modo miserable á su marido. He sabido esto por Carrasquilla, ya tú le conoces, ese parásito que es el archivo viviente de todos cuantos escándalos y cosas feas ocurren en el gran mundo... Vino la otra tarde, y, al fijarse en el retrato, puso cara de asombro y exclamó:

«—¡Demontre! ¡Esa es Julia!... Sin duda, el vizconde, á más de hombre galante, tiene la buena cualidad de no ser olvidadizo...»

«—¿Qué vizconde?»—le atajé intrigado.

«—¡Toma, el de Vilorto!—me contestó—. ¿Quién va á ser?... El amigo íntimo de Julia mucho tiempo antes de que ésta encontrase un editor responsable.

«—Pues no hay tal vizconde, sino el propio editor—repliqué irónico y molesto por el cinismo del trasto aquel.

«—¡Estupendo!»—exclamó Carrasquilla—. «He ahí un marido inconcebible que, á su modo sabe pagar una deuda de gratitud conyugal, porque no sé si tú sabrás que, gracias á su mujerci-

ta, Dios la haya perdonado... y al vizconde, claro es, se ha dado una vida principesca.»

Salté indignado al oír esto, y protesté de la calumniosa afirmación, asegurándole que Lucio era una persona honrada, un caballero intachable y, por serlo, incapaz de transigir con tan vergonzosas componendas. Y le conté cuanto yo sabía á propósito de su vida.

Quedóse estupefacto el maldiciente, y, recogiendo velas, me dijo:

«—Pues, chico, perdona. Los que estábamos en el secreto de los trapicheos de Julia, unos pocos, en verdad, los del Casino, la Peña y el Veloz, teníamos al marido por uno de los muchos desahogados que saben aprovecharse de las circunstancias... En fin, siendo como tú dices, más vale que el pobre ignore su desgracia, y que pueda aplicársele aquello de

*Todo Madrid lo sabía,
todo Madrid, menos él.»*

Luis dió fin á su relato diciéndome:

—Casi todos los días viene Lucio á ver á su Julia, é invariablemente, después de permanecer un gran rato absorto contemplándola, acaba por murmurar, como una oración:

«—¡Julia mía de mi alma!... ¡Qué buena eras para conmigo!... ¡Cuánto me querías!...»

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE PENAGOS



DE LA TIERRA ASTURIANA
SAN MIGUEL DE LILLO

ENTRE los monumentos más venerables que guarda la tierra asturiana y que se conservarán largo tiempo, mientras no impere la funesta manía de que los derriben á pedradas los granujillas — esos granujillas á quienes Marinetti, en sus *Conclusiones futuristas á los españoles*, aconseja que se regale con pasteles, porque son benéficos y nos salvan de la más perniciosa é infame de las industrias: «la explotación de los extranjaneros» — se cuenta la iglesia de San Miguel de Lillo, mencionada en todas las arqueologías y en todas las guías ilustradas de Asturias.

Todos los arqueólogos gulumearon ante su atrio; fué alto obigado de «las grotescas arañas de ricachos cosmopolitas», como dice el pintoresco *leader* de los futuristas. Realmente, la iglesia era de las maravillas del arte románico, y con Santa María de Naranco y Santa Cristina de Lena, constituye el tipo especial de románico-astur que señala Lampérez en su *Historia de la arquitectura cristiana*. Fundada en el siglo XI, por Ramiro I, fué iglesia parroquial de Oviedo, gozando de todos los privilegios inherentes á esa jerarquía. Lillo era un pueblecito de siete vecinos, arrabal de Oviedo, tendido en la vertiente meridional del monte Naranco, mientras que el cercano pueblecito de Naranco tenía ochocientas almas. Naranco fué comprendido—según dice el Sr. Canella en *El Libro de Oviedo*—en la venta de jurisdicciones de Felipe II á la ciudad de Oviedo, con todos los privilegios que allí tenía la mitra, exceptuando el diezmo y ramo verde del roble, que los vecinos acostumbraban á llevar, en la víspera de San Juan, al palacio del prelado, dándoles éste de comer ó bien dos ó tres ducados. Para los gastos de la proclamación del Rey Carlos IV, el Municipio de Oviedo intentó vender el coto, pero la Audiencia se opuso, y prevaleció, según sentencia del año 1752, «Que dicho coto es de señorío, que pertenece á la Justicia y Regimiento de esta ciudad...»

A medida que Naranco iba adquiriendo importancia, la perdió Lillo, y hoy día es Santa María de Naranco la parroquial de todos aquellos caseríos que esmaltan el monte. Naranco podría ser la expansión de Oviedo, el almacén y arca



Fachada principal de la iglesia de San Miguel de Lillo

de salud para sus vecinos, si el Municipio hubiese sabido explotar esa montaña, constituyéndola en fuente de rendimientos y de emanaciones salutíferas. Si hubiese un tranvía que condujese allá, ó bien un funicular (como propone don Aurelio del Llano), Naranco sería mucho más visitado de lo que es; pues yo estoy seguro de que hay muchos vecinos de Oviedo que se mueren sin haber visitado la ciudad. Pero los caminos son pésimos; yo he subido dos veces á Naranco, y ni la contemplación de esos templos monumentales (Santa María de Naranco y San Miguel de Lillo) compensan las molestias y sabores de la excursión.

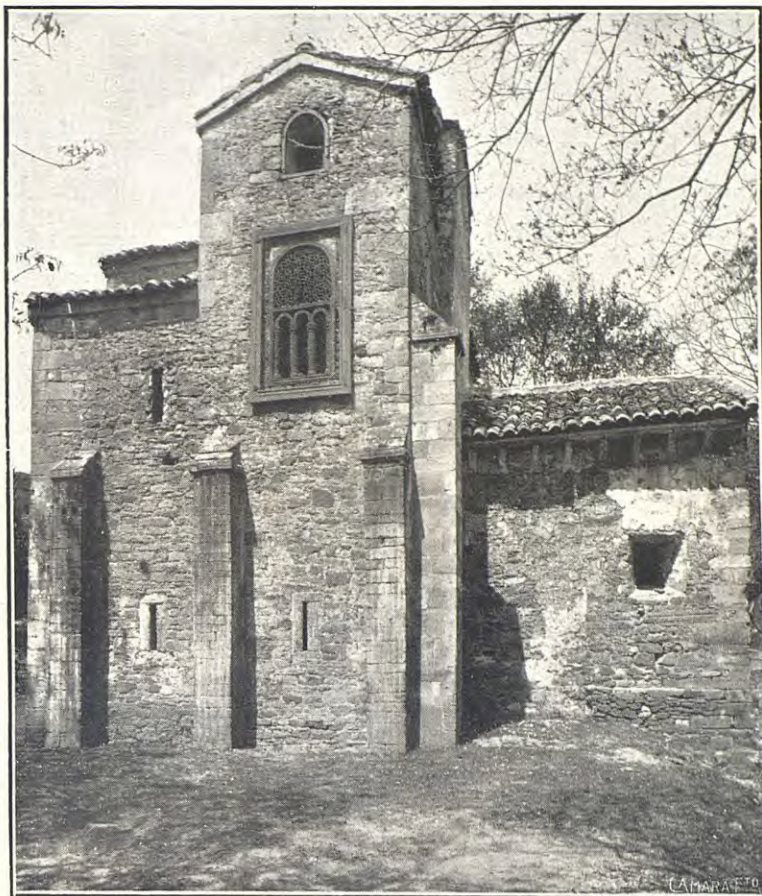
Se emprende la ascensión á la montaña por el acueducto de los Pilares, con sus cuarenta y un arcadas, hermosa obra construída en 1599 y que, so pretexto de ensanche y desahogo de la ciudad, comenzó á derribar, va para dos años, por obra de unos desaforados ediles que no fueron atajados en su camino por una Prensa bastante enérgica... Allá ellos con su respeto á lo artístico y lo viejo... Vase luego subiendo por quebradas

callejas, en plena aldea astur, con los típicos lavaderos donde van á lavar las mujeres cantarinas. Estamos ya en la vertiente meridional de la montaña. Allí construyó el Rey Ramiro I su palacio en lugar ameno y deleitoso, con gran pomarada circunvalada, según consta por la escritura de donación que Alfonso III, *el Magno*, hizo en 906 á la iglesia de San Salvador de Oviedo, *Ecclesiam Sancti Michaelis cum pomario magno circunvallato...* Este palacio pasó después (dice el Sr. Selgas en sus *Monumentos ovetenses del siglo IX*, á poder de los obispos ovetenses, y en la Edad Media sirvió de cárcel de corona.

Muy próximas al emplazamiento del antiguo palacio están las dos iglesias. Santa María de Naranco, bellísima iglesia bien estudiada por muchos arqueólogos, y que será más admirada cuando se derribe la casa rectoral á ella adosada; y San Miguel de Lillo, declarada monumento nacional en 1885 (por Real orden de 24 de Enero), pero abandonada y ruinoso, cerrada al culto hace tiempo. San Miguel, muy próxima á Oviedo (á dos kilómetros y medio), está allí oculta entre viejos árboles, replegada en una ladera del monte Naranco.

La iglesia, hasta ahora, era mal conocida, porque se partía de una idea falsa respecto á su planta primitiva y á sus dimensiones; y el mérito grande de la reciente obra de D. Aurelio de Llano Roza de Ampudia: *La iglesia de San Miguel de Lillo—Oviedo, 1917*—es venir á revolucionar la arqueología asturiana. Rutinariamente, hasta ahora, todos los arqueólogos han seguido al cronista Ambrosio de Morales en su *Viaje Santo*; cronista, por lo demás, muy verídico, «pero esto no quita la posibilidad de que se hubiese equivocado», dice el Sr. Llano (obra citada, pág. 27).

En su referencia á la iglesia de San Miguel, Morales dice que «con no tener más de cuarenta pies en largo y veinte en ancho, tiene toda la buena gracia que en una iglesia metropolitana se puede tener». El P. Luis Alfonso de Carball, en sus *Antigüedades de Asturias*, pág. 358 (obra póstuma, cuya publicación fué autorizada en Madrid á 30 de Octubre de 1693), sigue fielmente á Morales en toda la descripción, si bien reduce las dimensiones, pues dice: «diez de an-



Fachada lateral de la Iglesia de San Miguel



Un aspecto interior de la Iglesia de San Miguel

cho y veinte pies de largo... en este poquito espacio hay capilla mayor, crucero, torre y coro alto». Después de él, todos los historiadores y arqueólogos se conforman en aceptar ese trazado.

Pues el Sr. Llano Roza, espíritu inquieto, no se conforma así tan de ligero, y concibió la idea de hacer excavaciones por los alledaños de la verdadera iglesia, hasta descubrir y sacar a flote la verdadera y primitiva planta. «¿Por qué los historiadores y arqueólogos (dice él en su libro, pág. 27), antes de escribir tantas páginas hablando en hipótesis sobre la planta de la iglesia de San Miguel de Lillo, no habrían comprobado las dimensiones que les viene diciendo Morales hace trescientos cuarenta y un años, ya que ello no encierra un problema para grandes matemáticos, y sí las cuentas sencillas que cantan diariamente los niños en las escuelas?»

Con la buena fe, paciencia y laboriosidad que le distinguen, el Sr. Llano púsose á las excavaciones, en 8 de Octubre de 1916, con una brigada de obreros á su cargo, y con la aprobación del párroco y de los vecinos del pueblo. Pues á las pocas horas de trabajo, ya averiguó que la iglesia tenía más de los cuarenta pies de largo que le señala Morales. Atravesando todo el camino vecinal, y en correspondencia con la fachada septentrional del templo, descubrióse á su vista un trozo de muro de cuatro metros cincuenta centímetros de largo, con su correspondiente contrafuerte. Allí surgían restos del edificio y restos humanos; sepulturas y más sepulturas. Era el lugar destinado á los enterramientos. Más adelante, en una ladera del camino, «entre las raíces de un roble centenario, los golpes del zapapico suenan de una manera especial, y se descubren dos trozos de muro, uno en la línea de la fachada meridional y otro paralelo á la fachada posterior...» ¿Se comprende la alegría íntima, el placer intelectual y puro del Sr. Llano al ver surgir del fondo de la tierra la invisible obra de fábrica? Mayor aún que el del avaro recontando su tesoro. Y á propósito de tesoros: en San Miguel de Lillo, es fama entre los aldeanos astures que los había, y en el siglo pasado hubo que tapiar fuertemente la puerta, porque con frecuencia pe-

netraban en la iglesia los buscadores de tesoros.

Respecto á la traza de la iglesia, el Sr. Llano ha hecho también sus investigaciones. Ni se aproxima al cuadrado, como supone Lampérez, ni se cerraba en hemiciclo, como asevera don José María Cuadrado (*Asturias y León*, página 120), ni es de forma circular el ábside, como añade Parcerisa en nota á Cuadrado; la traza de San Miguel es «casi cuadrada», como rotundo

afirma D. Fortunato de Selgas (*Monumentos ovetenses del siglo IX*, pág. 135); antes bien, la traza de esta iglesia tiene *forma rectangular*. «Adicionando á los quince metros ochenta y cinco centímetros que hay desde el imafrente al eje del muro posterior, la mitad del espesor del muro en alzado (treinta centímetros, según los muros existentes), mas el grueso del contrafuerte, la iglesia tiene un largo total de diez y seis metros sesenta y cinco centímetros de pies en largo, cuarenta en ancho.» Así nos lo testifica con su autoridad de técnico, D. Aurelio de Llano (obra citada, págs. 47 y 48).

Tiempo es de sembrar y recoger para los asturianos. El año pasado, Atanasio Rivero, con más de buena voluntad que de acierto, pretende descubrir la traza del *Quijote*. Las gentes de este superficial Madrid pueden burlarle; pero él siempre lanzó una plausible hipótesis erudita, quizá desacertada, pero no disparatada, y dejó clavada en la erudición cervantesca su garra de astur. Hoy, D. Aurelio de Llano, con mayor fortuna y acierto, y, sobre todo, con más fundamento, porque opera sobre terreno que no engaña—aquí no estamos en las nebulosidades de la erudición anagramática y del descifrar de jeroglíficos, sino en la propia cantera de la realidad viva—, ha descubierto la verdadera traza de la iglesia de San Miguel de Lillo, y ha sometido su trazado, y aún su historia, á una revisión total, que nadie ha intentado, por seguir ciegamente la descripción de Morales. Asturias debe estar agradecida á hijo tan meritísimo que se preocupa de sus glorias arqueológicas; los arqueólogos han de arrancar, de hoy en adelante, de sus investigaciones, como base de sustentación, y la Academia de la Historia debe recompensar el loable esfuerzo de D. Aurelio de Llano llamándole á su seno.

No me sorprendería que la Academia se callase, porque acostumbrados estamos á ver pasar los umbrales de todos los Centros á muchos que suelen darse buena maña para aumentar sus méritos dando voces, mientras otros callan y siguen trabajando sin obtener la merecida recompensa.



Jamba de la puerta de entrada POTS. DUARTE



CAMIÓN DE LA CRUZ ROJA INGLESA EVACUANDO HERIDOS EN UN HOSPITAL DE SANGRE, INSTALADO EN LAS SEGUNDAS LÍNEAS DE TRINCHERAS, EN EL FRENTE DEL YSER
Dibujo de Matania

FANTASÍAS VERANIEGAS

LOS NOCTURNOS REGOCIJOS



Yo no sé si es que se marcha menos gente que otros años ó que el censo de población ha aumentado; pero Madrid, en las noches suaves y lentas de verano, parece más populoso que nunca.

Las muchedumbres se desparraman por paseos, calles, plazas, parques de recreos, merenderos de la Bombilla, Jardines del Retiro, verbenas y Plaza de Toros.

Muchedumbres heteróclitas, ruidosas y sedientas, á quienes el verano parece desquitar y libertar de su cotidianismo invernal. Muchedumbres que parecen felices y alegres en sus escapadas noherniegas á los cándidos ó pobres regocijos disfrazados de picardía, de lujo ó de aventura.

Antes, los regocijos nocturnos reducíanse á las verbenas, á los aguaduchos del Prado y Recoletos, á los Jardines del Buen Retiro. Surgieron después las «kermesses» de barrio á beneficio de los «pobres del distrito» y público heterogéneo y modesto: muchachas de obrador, telefonistas, pensionistas ó hijas de empleados y militares de corto sueldo, ellas; horteras, estudiantes, cabos y sargentos pintureros, chulillos, ellos, y de cuando en cuando algunas cocotas de bajo vuelo repintadas como payasos y escandalosas como carreteros á quienes seguían torerillos, *souteneurs* traducidos á castizo madrileño y tal cual señor anciano y rijoso.

Poco después de las «kermesses» y simultáneas luego de ellas, como una parodia aristocrática de los solares con valla de madera adornada de follaje y flores de papel donde bailaba y sudaba la plebe al compás de organillos y bombardinos, empezaron á abrirse los Recreos para las burguesitas con pretensiones. Se llamaban *Recreo de la Castellana*, *Recreo de Salamanca*, y á ellos acudían los hijos y las hijas de los antiguos frequentadores de los Jardines del Buen Retiro en tiempos de Ducazcal, cuando en el teatro de madera se cantaban las viejas óperas de Gounod y de Rossini, y en torno de la pista circular paseaban los modelos de Madrazo y Cubells y los personajes de las novelas de Valera, Galdós y Octavio Picón...



Los recreos eran unos solares sin árboles, pero con polvo; sin teatro, pero con una sábana tendida entre dos vigas que parecía puesta á secar y era para proyectar sobre ella películas cinematográficas; sin avenidas rumorosas y frescas, pero con las fachadas posteriores de las

disparos, las campanas, y todo ello envuelto en atmósfera pesada, desagradable, donde el humo de los churros y el polvo del suelo ciega los ojos, reseca las fauces y causa una sensación de angustia y de ahogo.

Menos mal que el público de las verbenas es siempre el mismo. Va á todas ellas con el mismo entusiasmo y vuelve de ellas con idéntico cansancio é iguales baratijas que de nada le sirven. Como los artilugios de columpios y tenderas, como las lonas y los maderos de las barracas, como los cándidos pichones que se ofrecen de premio al que «meta seis argollas de una tirada» en el gollete de una botella, son siempre las mujeres que se envuelven en los mantones de Manila y los inocitos jaques amigos de la pendencia y del vino; y los señoritos que alquilan una manuela desvencijada y una jamona tan desvencijada como la manuela para pasear lentamente bajo la fronda de los árboles ó á lo largo de la calle estrecha, llena de escándalo y de humo...

Los violentos ejercicios

Después de cenar, el madrileño sale dispuesto á recibir el soplo caricioso de la noche. Anda despacio, desabrochada la americana, complaciéndose en oír sus pisadas, mordiscando un puro. Sus deseos se limitan á encontrar un buen sillón de mimbre, ó una butaca próxima á cualquiera de los frágiles escenarios veraniegos y tomar un doble de limón y cerveza mientras contempla cómo maúlla una cupletista.

Pero ya dentro del Parque de Recreos, el madrileño se siente llamado por las jóvenes que custodian esos Recreos y empieza á sudar en violentos ejercicios. Aquí rompe cazuelas, botijos, jarros y orinales, á pelotazo limpio. Allá destroza botellas, vasos, tazas y platos. En este barracón desafían su furia incomprensible los antiguos muñecos del pim, pam, pum; en el otro barracón ha de meter á puntapiés una pelota en determinado sitio. En una charca, tres ó cuatro patos humildes y martirizados esperan que les



casas circundantes donde se abrían las ventanas y balcones de las cocinas.

De aquellas «kermesses» y de estos Recreos han nacido los *Parkes* actuales, abiertos en solares, al aire libre, con la misma ingenua pobretería de los de aquellos de los barrios populares y de las barriadas aristocráticas donde se rifaban objetos inútiles ó patinaban muchachitas gentiles.

Tienen, sin embargo, la pretensión europeizadora y picaresca de su K. Así como su público se cree veraneando en los grandes casinos de las playas del Norte, ellos son una grotesca caricatura del Luna Park, del Magic Park, del Magic City parisienses, incluso de esos *Saturno Park* y *Turo Park* y *Rabassada* barceloneses.

Únicamente las verbenas conservan su carácter permanente y su ruido...

¡Oh! Esto del ruido y de la greguería es como el perfume acre y áspero de los nocturnos reflorecimientos verbeneros. Suenan los pitos, el vocear de los vendedores, los órganos de los «fios vivos», los chillidos de la mujer en los columpios, los *limonaires* de las barracas, los





puede sentir íntimas complacencias sentimentales oyendo decir que una pobre viejecita, ciega y de voz temblorosa, tiene el «corazón gitano y el alma trianera»; conmovirse al espontáneo consejo de un individuo que, con la voz ronca y desagradable, grita: «agua que no has de beber déjala correr», cuando se dispone á hundir la paja en el vaso de agua de limón.

Hay, sin embargo, otra clase de público que prefiere los altos de Rosales y del Hipódromo, las penumbras propicias de Recoletos. Son las familias modestas y con niñas casaderas, los misántropos á quienes el fonógrafo enternece, los jovencitos con trajes de gabardina y presupuesto de cincuenta céntimos, las damas demasiado crepusculares á quienes la noche sirve de benévola celestina.

Bajo los árboles se forman los grupos, y las almas sueñan y olvidan. Brotan los amores fugitivos al conjuro nupcial de la nocturna calma y de unos ojos femeninos que fulgen en una cara pálida. Las pobres, las humildes galas de las nenaz cursis, tienen un encanto de elegancia, de vaporosidad voluptuosa que la crueldad del sol romperá al día siguiente. Vistos así, en la penumbra discreta, los jovencuelos de bigote recortado y patillitas cortas, con su camisa de percal francés de 12,25 la media docena, y sus «completos» de sesenta pesetas, incluida la trabilla, parecen hijos de ex ministro ó de banquero que desdeñan las grandes playas y los Casinos y los paseos por la estación de Cercedilla, Villalba ó El Escorial, con la cabeza y la tontería al descubierto.

La pobre cupletista

A orillas del río Manzanares, unas mujeres cantan, bailan y hacen como que se desnudan.

Un público compuesto de otras mujeres que han cantado y bailado antes, ó que cantarán, bailarán y, sobre todo, se desnudarán después, las contemplan. Con ellas se codean, charlan y dicen chistes que nada tienen que ver con la Academia de la Lengua los mismos hombres que en el invierno frecuentan los teatros de variedades y los sórdidos cafés conciertos.

El espectáculo es por la consumación, y la consumación se compone de gaseosas, café, cerveza y especialmente sidra, que, para mayor refinamiento versallesco, se sirve en porrón.

Estas cupletistas y bailarinas son las indocumentadas, las desconocidas, las que nunca se ven en los teatros importantes. Sus trajes, como sus cuplés y sus danzas, son siempre estrenados por otras. Ellas los adaptan y recomponen á su cuerpo y á su voz. El aire húmedo del río las enronquece más y las hace toser, como las malas actrices en *La dama de las camelias*, de un modo desgarrador y fatal. Son flacas, esqueléticamente flacas, ó gordas, elefantíacamente gordas. Pierden el compás y miran enfurecidas al pianista. Doblan los brazos, separando mucho las manos para no rozar con ellas el vestido, como si todavía chorrearan del agua grasienta de los barreños.

Subrayan tocándose el rostro cuando dicen por gracia del cuplé que es «la más bonita»; llevándose la mano al corazón cuando asegura que «su chico es tan chulo que se peina con una motocicleta». Pero este subrayado es indescribible cuando grita alguna de sus bochornosas

golpeen la cabeza y el cuerpo con unos aros de mimbre, y pocos pasos más allá le ofrecen una escopeta para romper más cacharros. Y como está entrenado para la violencia y como lleva pagadas varias pesetas por empaparse de sudor y tirar unas cosas contra otras, imagina que la escopeta no debe utilizarse como todas, sino que debe firlarla contra los muñecos de madera que tienen un blanco impoluto de balazos y en cambio acribilladas de agujeros las partes más distantes de su cuerpo.

Por la noche, cuando el madrileño regresa á su hogar y se acuesta para no dormir, le duele todo el cuerpo y le parece que aquellos pelotazos contra los cacharros y las botellas y los monigotes, los ha recibido sobre sus costillas y sus narices, y que en el cuello un pato enorme y hábil le ha ido metiendo tres, seis, ocho collares de mimbre húmedo.



Bajo los árboles

Sin embargo, no todo el público invade los absurdos parques de los arbolillos enclenques, las barracas de lona y los escenarios-gallineros. En el fondo, este público de Madrid, en verano, es poco gastador. No ha salido fuera porque no quiere ó no puede dilapidar unas pesetas y porque tiene un exacto sentido del ridículo que le impide jugar al veraneo de un modo grotesco en los pueblecillos de la provincia, como tantos otros conciudadanos suyos.

Sabe, además, lo que cuesta la entrada al solar de los arcos voltaicos y los murguistas con sombrero de paja y las señoritas comprometedoras; pero no sabe lo que le costará en definitiva el regocijo, ya que una vez dentro de la valla de madera ha de ir sacando monedas de su bolsillo á medida que sienta legítimos deseos de sentarse, de refrescar, de entretenerse ó simplemente de ver el espectáculo del escenario, un espectáculo que en invierno, con pase gratuito y pagándole el coche de ida y vuelta, desdeñaría...

Por esto, el madrileño prudente y económico huye de los Parques con K, y refugia su melancolía en las calles céntricas.

Por los treinta céntimos del bock, tiene derecho á contemplar el cielo, á sentir cierta relativa frescura, á escuchar un gramófono, á rechazar mendigos, limpiabotas, cangrejeros, vendedores de décimos, floristas, almendreros, concertistas de violín, guitarra, ocarina y acordeón, y



groserías que hacen prorrumpir en griterío, en coces, en relinchos, en eructos, al público de las gaseosas de bola, café en vaso y sidra en porrón.

Terminado «su número», la cupletista baja y se sienta en una mesa donde la convidan. Ella pediría una cena, porque, al fin y al cabo, el espectáculo donde está se anuncia como gran «fiesta montmartresa» y souper-tango y souper-dansant de artistas, hasta la madrugada. Pero la cupletista conoce su público y se resigna á tomar una «cañita» dorada, ó un bocadillo que anuncian de jamón como á ella la anuncian «cupletista á gran voz y á transformación».

Siguen desfilando por el escenario mujeres que graznan, maúllan, roznan, balan y tosen y se equivocan. Siguen desfilando las que patean el tablado sin cuidarse del ritmo de sus castañuelas y sin que éste responda al piano. Bailari-



nas que bailan todo lo que las toquen, desde los cuplés del Ladrón y del Asesino, hasta un fox-trot, medio habanera, medio minueto.

La cupletista, «vestida ya de calle», mira con ojos estúpidos á sus compañeras, tose y se rasca las piernas de cuando en cuando.

Luego, ya de madrugada, toma el tranvía, en unión de alguno de los espectadores, que es hombre económico, á quien las «sopas montmartresas» no enloquecen hasta el punto de tomar un coche.

El tranvía se cruza con un automóvil donde van varios señoritos, borrachos y vocingleros, jaleando á una mujer que canta á voz en grito, desmelenada, despechugada y palmoteando con las manos llenas de brillantes que la noche bondadosa hace brillar como buenos.

La cupletista sonrío melancólica y recuerda otros veranos en que ella volvía así...

Más tarde, cuando empieza á subir ella y su casual galán la cuesta sombría de la calle calmosa, maloliente, donde vive, tienen que salir de la acera para dejar paso á una muchacha vestida de blanco que vuela del paseo, acompañada de sus padres y del novio.

Y la cupletista vuelve á sonrío melancólica, porque, en otras noches de verano, volvía así de Recoletos ó de la «kermesse», con un novio «decente», con una dulcera que le tocó en la tómbola y con la ilusión de un hogar tranquilo en el corazón...

José FRANCÉS

DIBUJOS DE ROBLADANO



EL ETERNO IDILIO



En un prado todo verde,
sentada está Mari-Pepa,
cuidadosa del rebaño
de sus *branquiñas* ovejas.

Es Mari-Pepa una moza
robusta, garrida, fresca,
con unos ojos muy grandes
y una boca muy pequeña
y unos dientes menudinos,
labios como la grosella,
como un junco la cintura
y macizas las caderas.

Cubre su gracioso cuerpo
con una falda *rabela*,
que descubre el torneado
nacimiento de su pierna,
y ciñe al busto una chambrá,
y sobre los hombros lleva
un pañizuelo cruzado,
y otro atado á la cabeza.

Para adormecer sus ocios
canta, y de cantar no cesa,

aquello de... *Airiños aires,
airiños d'a miña terra.*

No bien de cantar termina,
se oye un *aturuxo* cerca,
y la moza queda inmóvil
como una estatua de piedra,
al ver ante ella á Farruco
que extasiado la contempla,
mirándola sonriente,
con sonrisa picaresca.

El zagal es un buen mozo,
fornido como un aleta,
con pantalón ajustado,
camisa, sombrero, y zuecas
tan grandes, que bien podrían
cruzar los dos, dentro de ellas,
no ya el Miño, el mar Cantábrico,
como en un barco de vela.

—*E logo*—dice, después
de una pausa, Mari-Pepa.

—*Oínte cantar... e viñeu,
e verdad.*

—*Poide que sea.*
—*¡Ti eres á miña xoiña!*
—*¡Mau!*

—*¿E logo?... ¡Churrusqueira!*
—*¡Calá á boca! ¿Por qué falas
asi?*

—*Porque teño lingua.*

Y trazando con la vara
sobre la mullida tierra
caracteres que denuncian
el afán que le espolea,
junto á la gallarda moza
avergonzado se sienta.
Ardenle manos y sienas,
arde la sangre en sus venas,
y al mirarla y al hablarla
se le agolpa en la cabeza.

Ella deja que él la abraza,
porque de sí ya no es dueña,
y el uno en brazos del otro
arrobados se contemplan
y algo al oído se dicen

que á mis oídos no llega,
porque en aquel mismo instante
pasa una enorme carreta
chillando, por no llevar
bien ensebadas las ruedas.
Después de un silencio grande
dice la moza con pena:

—*¿Xá te vás? ¡Pois aínda es cedo!*
—*Non e tal, que xá son cerca
das oito, y eu teño prisa.*
—*Eu tamén a teño, espera...*
—*¿Qué che fai falta?*

—*¡Mañá...
sí e que ti queres coa fresca
darte por acó outra volta...
aquí estarei!...*

—*¡Feiticera!*
¡Xá te entendo!

—*¡Adiós, Farruco!*
—*¡Adiós logo, Mari-Pepa!*

GONZALO CANTÓ

FOTOGRAFÍA DE G. SUS

MIENTRAS EL SOL DECLINA

En un balanceo muelle y suave, hiende el ligero esquife las aguas del mar latino, que duerme á la caída de la tarde en la serenidad augusta del crepúsculo, alisando el haz movable de sus aguas, puliendo la superficie líquida y azul, para que los desmayados resplandores del sol que agoniza tiendan sobre aquélla el oro pálido de sus rayos postreros.

En el bajel liviano y frágil va una pareja, no se sabe si aburrída ó dichosa. *El* y *Ella*, eternos actores de la tragicomedia del vivir, parecen dominados por la solemnidad del momento, que tiene una grandeza majestuosa y soberana.

La brisa, leve y sutil, pasa como una caricia amorosa por la piel aterciopelada de la bella. Juguetea entre los rizos de su nuca ideal; rodea el cuello cosquilleando voluptuosamente; se detiene en el prodigio de los labios, rojos como encendidas ascuas, sangrientos como los clavetes de Sevilla; se mete por el atrevido escote con ganas de besar la perfección de los senos tembladores, de marmórea blancura; roza quedamente los ojos rasgados, donde negrea la pupila luminosa que redime de las penas de amor con una mirada, ó condena con el fulgor mortal de los desdenes; pasa como un suspiro sobre el encanto de las manos divinas, y buscando los diminutos pies, sube con osadía incomprendible por debajo de la falda vaporosa, haciéndola flamear con soberbias altiveces de vencedora indomable.

De la playa llegan rumores sueltos, ráfagas de perfumes, aleteo de suspiros, murmullo de sedas, vibración argentina de carcajadas, ahogado gemir de suspiros anhelantes, balbuceo tímido de seguras promesas, que suenan en el recato de los oídos virginales con la voz del sueño que anunció fantásticas venturas; vuelo de notas que latieron un instante en las cuerdas mudas para gozar de la libertad del espacio volteando en las ondas del aire; ecos de un mundanismo aristocrático y elegante, donde bullen y figuran señoras de abolengo y calidad que tienen en su moderno descoco aspecto de entretenidas, y fastuosas meretrices de una aparente distinción tan bien fingida, que en su señorial indiferencia, y en sus libertades de buen tono, parecen respetables damas de noble estirpe y de linaje limpio.

En el silencio de la embarcación se inicia un diálogo.

—¿En qué piensas?
 —¡Psch! En nada.
 —¡Nunca piensas en nada, mujer!
 —¿Qué quieres? Cuando se piensa en todo, parece que nada queda por decir.
 —¡Es verdad! ¿Recuerdas? ¡Un año hoy!
 —¿Un año? ¡Cómo pasa el tiempo!
 —¡Y cómo cambiamos nosotros! La temporada anterior, sobre este mismo mar, cómplice de nuestros amores, todo eran deseos, todo se convertía en afanes. El corazón sentía el acicate vivo de las inquietudes, y el pecho era un latido perenne, una aspiración constante. ¿Verdad? Resultaban meses los minutos y siglos las horas. El límite puesto á nuestra impaciencia parecía alejarse, distanciarse, según iban pasando los días, y luego, cuando al fin lo alcanzamos, fué una hartura de felicidad la que bebieron nuestros labios sedientos y sintieron, nerviosos, nuestros cuerpos estremecidos.
 —¡La separación momentánea era como un tormento!...
 —La vuelta á tus brazos una explosión de dichas.
 —Ni bailes, ni paseos, ni teatros, ni diversiones...
 —Eran tus ojos el mundo de sombras y de luz donde mi atormentada existencia encontraba el supremo bien.
 —El traje nupcial parecía un ara donde oficiaba nuestra religión de enamorados.
 —¡Y ahora!...
 —Ajadas las sedas, el azahar marchito... ¡Cómo se vive en un año!...
 —Es el adelanto, hija. El progreso, que á todo alcanza y todo lo envenena con su fiebre incesante de renovación. ¡Un año! ¿Verdad que parece una existencia entera? Sin embargo... ¡yo te quiero!
 —Y yo también. ¡Pero van nuestras almas por tan distintos cauces!
 —No, chiquilla; se encuentran al cabo en un mismo punto de convergencia. Nos quisimos con locura, nos queremos con tranquilidad, nos



aburrirnos al mismo tiempo. ¡No son nada doce meses seguidos de madrigal, pequeña!

—¡De haberlo previsto!...
 —Te aburrirías igual. Porque llevamos el fastidio dentro. Vivimos anhelando hasta que logramos el anhelo. El castillo dorado que fabrica nuestra fantasía se desploma en tal instante, y sobre el montón de ruinas donde se juntan ilusiones, desengaños, vehemencias y satisfacciones, empezamos á labrar otra quimera para perseguirla con igual frenesí que perseguimos la conseguida y olvidada.
 —¿Te vuelves filósofo?
 —Quizá. Porque la filosofía nace en los surcos que trazan la indiferencia y el escepticismo. Ahora se me ocurre un símil. ¡No te rías! Pienso en que esta barquilla fuera nuestra vida. Dentro de sus estrechas paredes vamos los dos atravesando el piélago sin orillas de la eternidad, en cuyo fondo acecha la muerte. Yo, musculoso, recio, tiro de ella sin cuidarme del rumbo y sintiendo cada vez más la fatiga del esfuerzo que me rinde. Tú, serena, reflexiva, puedes evitar los escollos moviendo suavemente los cordones de seda del timón. De la dirección que escojas dependerá la felicidad de tu viaje.
 —¿Tú lo crees?
 —Lo aseguro.
 —¡Bah! Piensa en que muchas veces las aguas

se alborotan, los vientos son como un azote duro é implacable, y perdida por momentos la estabilidad, puede el abismo ofrecer una solución. ¡No merece la pena de que nos preocupemos! Aprendimos demasiado antes de tiempo para no sentir la desolación enorme de saberlo todo. Ya ves cómo me has contagiado de tu filosofía demoleadora.

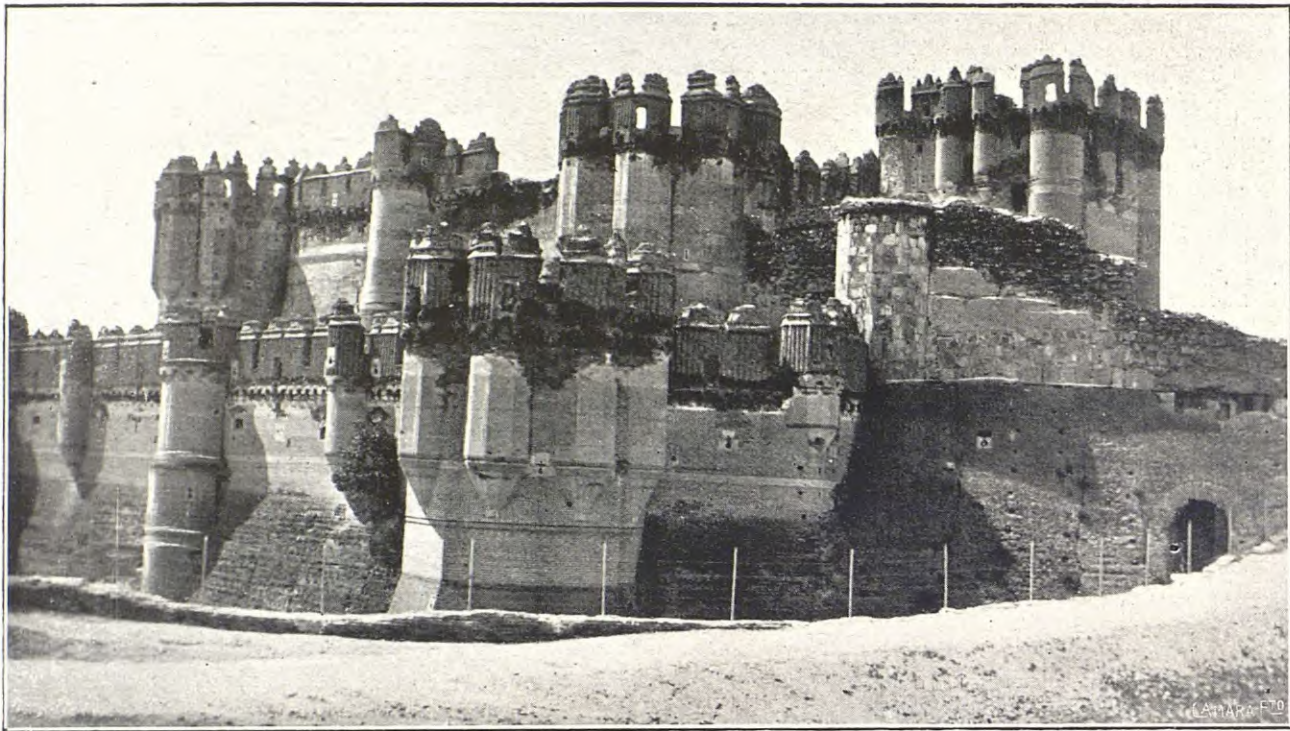
—¿Volvemos?
 —Sí, que es tarde y he de arreglarme para ir al *bridge*. Tengo el compromiso de asistir á la partida de mi antiguo pretendiente el marqués de la Flor.
 —A mí me aguarda la condesa del Castillo para tomar el té. ¿Vendrás en el auto?
 —¡No! Me esperará el cabriolé. Prefiero guiar.
 —Llegamos. Saltaré yo primero.
 —Ya está. ¡Hasta la noche!
 —¡Adiós!

Y así, los dedos del capricho van hilando en la rueca del tedio la mortaja de la felicidad, que expira en plena juventud, cansada al nacer, teniendo como salmos funerales la frívola musiquilla de los valeses, donde cada escala rima un canto al adulterio.

ROGLIO PÉREZ OLIVARES

DIBUJO DE RAMIREZ

— POR TIERRAS SEGOVIANAS —
EL CASTILLO DE LOS FONSECA



Vista general del castillo de los Fonseca, en Coca, hoy propiedad del duque de Alba

Coca fué una histórica villa de cuya importancia en la época romana dan cumplida fe numerosos documentos, así como la da de su interés en la Edad Media un famoso castillo, gentil y fuerte, que aún conserva en la fábrica que no destruyó el tiempo, la belleza y la solidez que tuviera hace siglos. Pero hoy, la antigua Cauca sería solamente una aldea insignificante, si á más de estos vestigios del pasado no tuviera en su torno los frondosos pinares que constituyen su riqueza y que con la savia vivificante de sus viejos troncos brindan salud á los enfermos y á los débiles.

Más por esto que por los recuerdos históricos que evocan sus ruinas, hace perpetuado la fama de la villa, llegando hasta nosotros con el prestigio de las que, por sus condiciones salubres, atraen la atención de las gentes de las populosas ciudades.

Pero como no ha de ser nuestro objeto can-

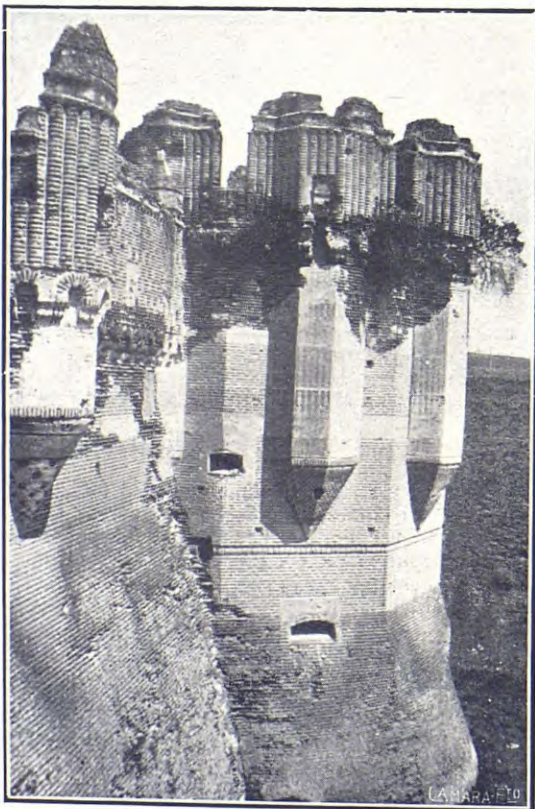
tar las excelencias de Coca como refugio y esperanza de dolientes, y menos aun intentar el bosquejo de su paisaje sugestivo, vamos á encaminar nuestros pasos hacia la ruinosa fortaleza que dice á nuestro espíritu algo más interesante de lo que decir puede á nuestros ojos la belleza de sus panoramas.

Fueron sus señores los Fonseca, los que en el siglo xv lograron que recobrará en parte el esplendor que tenía en el año 150 antes de Jesucristo (602 de la fundación de Roma), en que sus moradores, en lucha con las legiones del cónsul Liciano Lúculo, perdieron tres mil combatientes, y habiendo tenido que admitir, entre otras imposiciones del vencedor, la guarnición romana, fueron víctimas de la más horrorosa de las carnicerías por parte de ésta, que pasó á cuchillo á sus descuidados habitantes, sin perdonar á las mujeres ni á los niños, salvándose muy pocos que lograron escapar lejos de la villa.

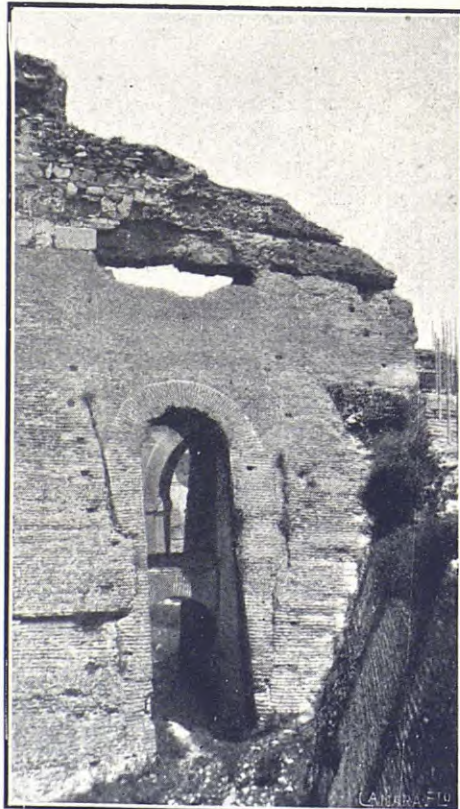
Restaurada veinte años después por Escipión Emiliano, y no obstante las franquicias, ventajas y seguridades con que pretendió atraerse nuevos pobladores, Cauca no recobró su pasada grandeza.

Asolada por las guerras que se sucedieron durante la dominación sarracena, fué repoblada en el año 938, poco tiempo antes de la batalla de Simancas, pero no recuperó entonces, tampoco su esplendor primitivo, y más que en la Historia, por hechos importantes, suena su nombre en los romances del arzobispo D. Rodrigo, que la cita entre las poblaciones rescatadas por Alfonso VI.

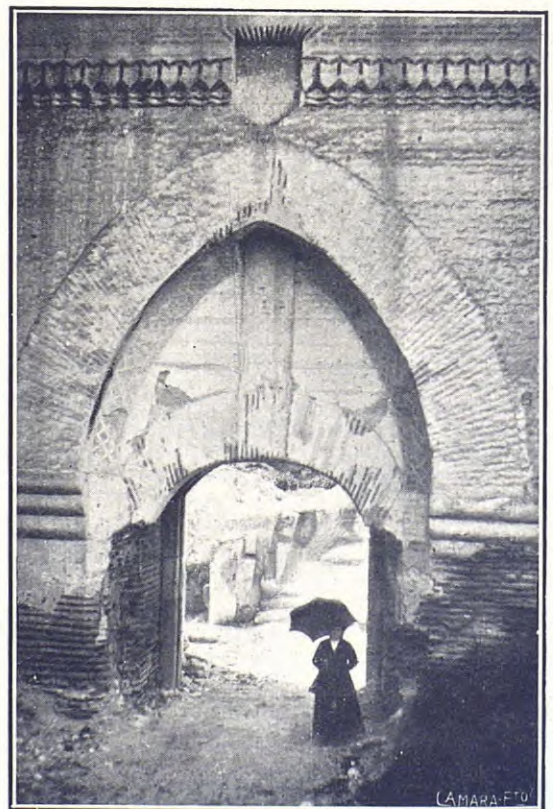
A medida que sus señores los Fonseca aumentaron su poder y su influencia, creció en importancia la villa, que hacia el año 1500 estaba defendida por imponente fortaleza que, si tenía solidez propia de castillo, también mostraba magnificencia de palacio.



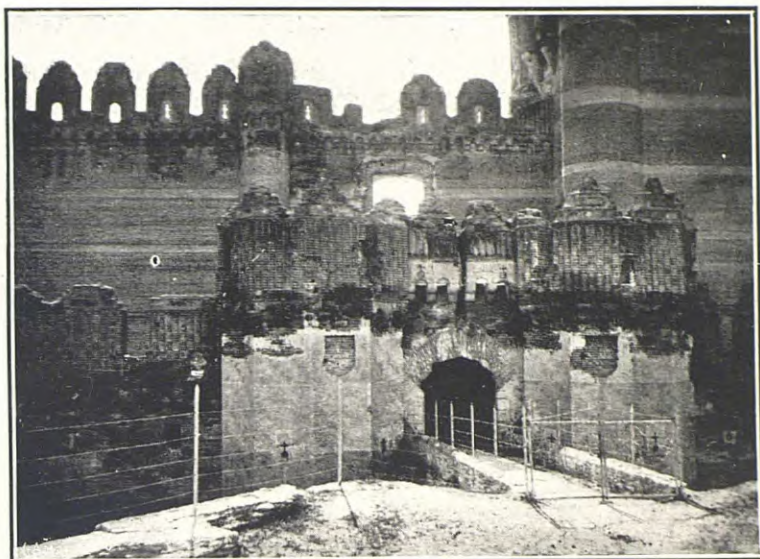
Foso exterior y torre del primer recinto



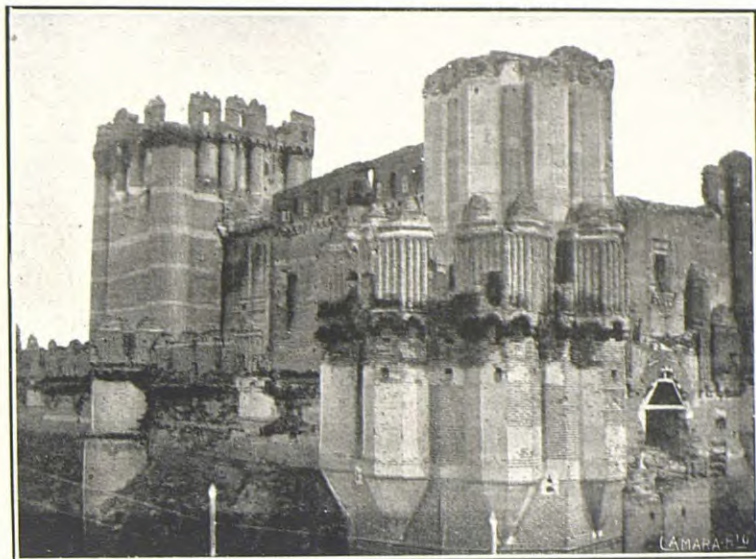
Arco que atraviesa el arranque de la muralla



Puerta del segundo recinto, al patio de armas



Entrada principal del castillo



Fachada noroeste del castillo

Doña Beatriz de Fonseca contribuyó al engrandecimiento de Coca desde que, casada con un nieto del rey D. Pedro, fijó su residencia en la villa, y su hermano D. Alonso, arzobispo de Sevilla, acrecentó la casa y fundó su mayorazgo, aprovechándose de los trastornos de aquel tiempo y de la debilidad de Enrique IV, quien más de una vez vióse obligado á acudir allí para parlamentar con los rebeldes.

Bajo el señorío de los sobrinos del eclesiástico magnate, sostuvo su importancia, no obstante las violentas acometidas que sufriera en tiempos de los comuneros.

El castillo de los Fonseca se eleva al oeste del pueblo, en la confluencia del río Voltoya con el Eresma.

No destaca su mole á gran altura, coronando una cumbre como la mayor parte de las fortalezas de aquellos tiempos; pero contemplado de

cerca, la profundidad de sus fosos produce un efecto imponente. No obstante ser de ladrillo toda su fábrica, es tal su gentileza, que puede asegurarse que desde el punto de vista artístico supera á muchas de silliería.

Flanquean los ángulos de la barbacana ochavadas torres con garitones en cada una de sus caras. Una arquería corrida muestra la riqueza de su adorno, que también avalora los cubos que sobresalen de los lienzos, en los que también hay garitas.

Por el lado del Este, un puente y dos torreonos señalan la entrada al primer recinto. El castillo, que reproduce el plan de la barbacana y su ornato, está salpicado de saeteras, y en el lado septentrional se eleva la torre del homenaje con fuertes cubos en las esquinas y pareadas garitas por sus cuatro costados. Una puerta de arco rebajado, dentro de una ojiva semiarábica, encuadrada por molduras, da acceso á un patio

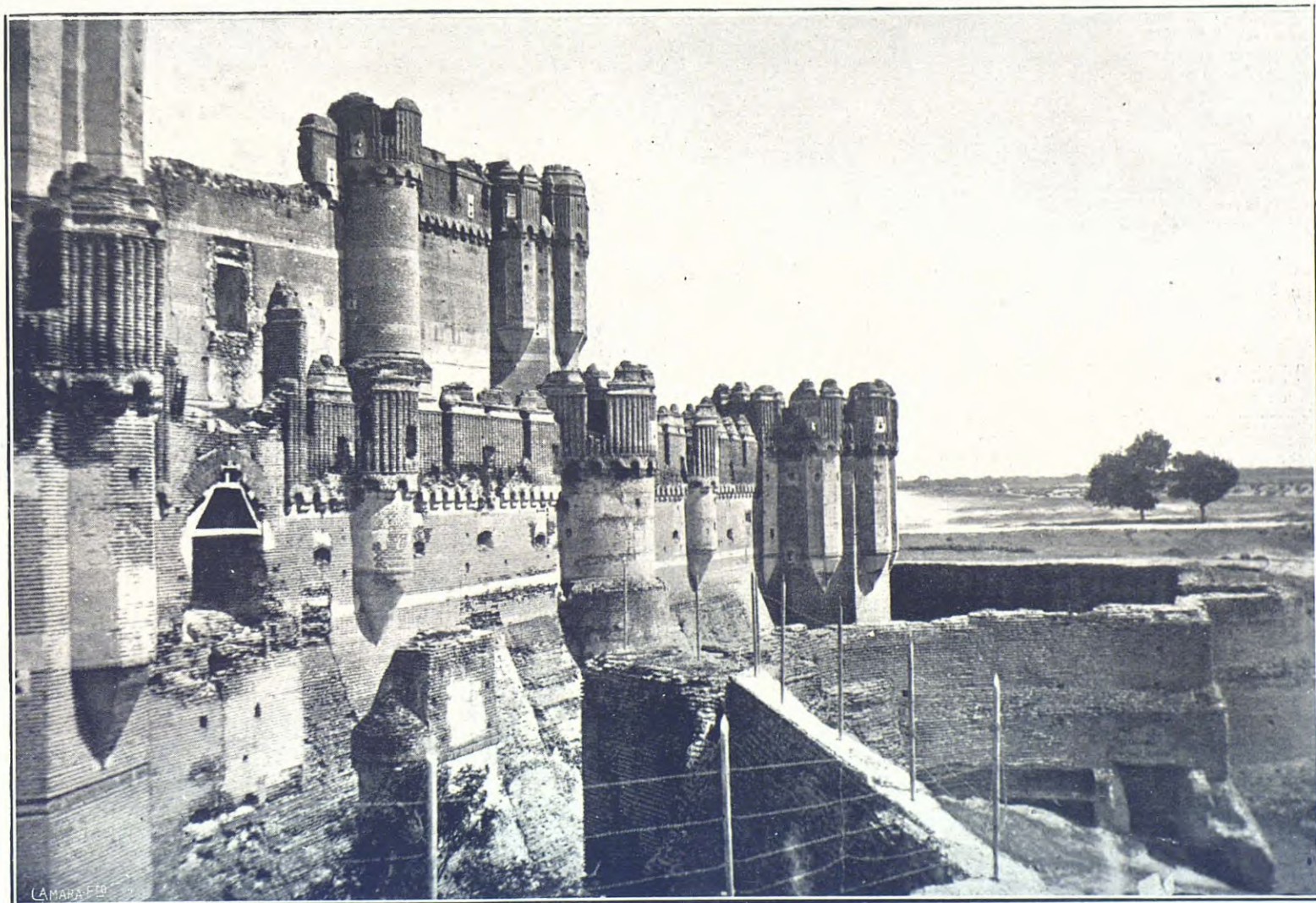
que estuvo rodeado de doble galería, cuyas bellas columnas de mármol, como los azulejos que adornaban el piso y las paredes, han desaparecido, no quedando de todo ello sino las bóvedas de la torre.

En la cerca que, unida al castillo, rodeaba en otro tiempo la población, hay una puerta que llaman Arco de la Villa, que es un precioso monumento de la Edad Media.

Estas bellas ruinas que el tiempo destruyó poco á poco fueron un tiempo el palacio de los Fonseca, aquellos poderosos señores que tanta intervención tuvieron en señalados sucesos históricos, y cuyas cenizas guardan bellos sarcófagos en la iglesia de Santa María.

El duque de Alba es hoy propietario de la histórica fortaleza, que habla de un pasado brillante y evoca con su gallardía y su arte tiempos de esplendor y grandeza que no han de volver.

ELADIO PEREZ ASENJO



Muralla, foso y puerta correspondiente al puente levadizo del castillo de los Fonseca, en Coca

FOTS. ASENJO

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DE LA CABEZA

ERAN los buenos y felices días del reinado de Felipe III. Madrid, asilo de vagabundos, hampones y gentes de mal vivir, ofrecía aquellos típicos y característicos detalles propios de una verdadera villa y corte de los milagros.

A la bohemia dorada de los grandes seguía la negra miseria de los pequeños. Y de esta asociación surgía un ambiente social propicio á toda suerte de glorias obtenidas con el auxilio de la casualidad.

Había desaparecido la rígida moral de la Corte de Felipe II. La frivolidad reinaba. Y como donde gobierna la alegría loca é insensata, también gobierna la muerte, eterna compañera de la ambición desatada, no era raro que trágicos espectáculos horrorizaran á los madrileños,

harto acostumbrados por aquellos días á escenas sangrientas. Los robos en plena calle, los crímenes, los apaleamientos, etc., etc., se sucedían con deplorable frecuencia, no bastando á sofocarlos los débiles esfuerzos de la Inquisición, asaz mermada en sus antiguos fueros.

No obstante la frecuencia de estos desmanes, ocurrió por aquel entonces un suceso que escandalizó á todos y horrorizó á cuantos de él tuvieron nuevas y referencias. Relatemos el hecho.

Habitaba en la que es hoy calle de la Cabeza, un anciano sacerdote, varón prudente, sabio, virtuoso y de ejemplares costumbres, que tenía, para que le asistiera, un agudo criado, hombre dado á la diversión y al libertinaje. La voz pública señalaba al clérigo como poseedor de algunos ahorros, siendo considerado en la vecindad como hombre de vida holgada. Todos le aconsejaban que guardase prudentemente el dinero, adquirido con tantos desvelos y conservado con tantas privaciones; pero el sacerdote, confiado en la Providencia y en que nada tenía que temer ya que con su conducta más veneración que malquerencias merecía, no prestaba atención á tales consejos.

Y pasaba el tiempo. Y con el tiempo fueron desapareciendo suspicacias y recelos, pues todos llegaron á confiar en aquel criado, que con tanto amor y devoción servía al buen cura.

Grande fué el terror de todos cuando, una mañana, llegada la hora en que solía ir á misa el sacerdote, vieron que la vieja puerta, en vez de abrirse como de costumbre, permanecía cerrada, dejando salir un tenue hilillo de sangre, que los consternados vecinos contemplaban á sus pies.



La sangre, delatora de algo terrible, los tenía suspensos. Y alguien tuvo el buen acuerdo de avisar á la Justicia, que no tardó en llegar al sitio del suceso, procediendo á violentar la puerta y franquear la entrada.

Sobre el revuelto lecho apareció decapitado el sacerdote, cuya cabeza yacía en el suelo.

Registraron la casa. Todo ofrecía inequívocas señales de que el robo era la causa de aquel horrendo y sacrilego asesinato. Y como el criado no aparecía, tuvieronle por autor del crimen.

Así era, en efecto. El criado fué el que, impulsado por el demonio de la perversidad, no había vacilado en cometer aquel hecho...

La Justicia indagó, buscó, persiguió al presunto criminal inútilmente. Nadie conocía el paradero del fugitivo, que en un puerto andaluz había embarcado con dirección á América.

El tiempo, piadoso, fué pasando. Los años transcurrían. El asesinato, recordado de tarde en tarde, historia medrosa era que referían sus conocedores. La Iglesia celebraba sus generosos oficios en pro del clérigo desgraciado cuando se cumplía el aniversario del crimen. Una gran cruz encima de la puerta de la casa servía de testimonio perdurable del drama, cosa muy frecuente entonces, y que aún se usa en algunos puntos, en los que para perpetuar el recuerdo de algún triste y sangriento suceso, acostumbran á ponerlas...

La historia de este drama se convertía en una de esas leyendas y tradiciones pavorosas, para las que el mismo misterio que las rodea es lo que más acrecienta su interés. Y misterio era para todos el paradero del criado asesino.

¿Qué había sido de él?...

El epílogo del suceso fué la explicación de

todo. Merced á él se supo que en América había corrido locas vicisitudes de fortuna. Fué rico y se arruinó. Con el dinero robado á su antiguo amo había emprendido grandes y arriesgadas empresas. Y la ruina definitiva le amenazaba cuando logró, con audacia increíble, rehacer su fortuna...

Pero hay un sentimiento más poderoso que todos: el sentimiento de Patria, que nunca nos abandona, y menos cuando en tierras extrañas todo nos habla del hogar ausente, de la familia abandonada y lejana, de los lares remotos, de todo aquello á cuyo calor crecimos y á cuya sombra nos formamos... Sentimiento que es el que nos hace anhelar, cuando la vejez se acerca, que sea la propia tierra maternal la que cubra nuestros restos...

Y esto le ocurrió al criado de esta historia. Un día, después de liquidar sus bienes, emprendió el regreso á España. Quiso volver á Madrid. Y á Madrid volvió. Y en Madrid entró una buena mañana tibia y abriena.

Nadie le reconocía. Disfrazado con las ropillas propias de un hidalgo, frecuentó los sitios galantes más en moda, siendo tenido por un rico pretendiente amigo de divertirse.

Ninguno reconocía en él al antiguo criado asesino y ambicioso. Su conciencia sí le reprochaba su crimen; pero él ahogaba los débiles latidos del remordimiento con violentas distracciones que le hacían olvidar su negro pasado.

Así las cosas, cierta mañana que, de regreso á su posada, pasó por un mercado, quiso comprar una gran cabeza de carnero. Regateó con el mercader y, después de mil réplicas y contraréplicas, de mil ofertas y mil proposiciones, adquirió la apetitosa cabeza. Y, ocultándola bajo su capa, echó calle abajo...

El rastro de sangre que tras sí dejaba el caminante atrajo la atención de un hombre de justicia, que detuvo al viandante y le preguntó por lo que llevaba oculto. Sonriente el interpelado, se desembozó, y diciendo: «¡Ved qué crimen!», mostró la cabeza que, ¡horror!, se había trocado súbitamente en la cabeza del sacerdote asesinado.

Balbuciente y aterrado, el asesino cayó de rodillas. Se entregó sin resistencia. A los pocos días, fallada su causa, fué condenado á muerte y ejecutado. Y el rey Felipe III, en conmemoración de aquel hecho, mandó colocar una cabeza de piedra en la casa donde el crimen se perpetró: cabeza que fué la que dió nombre á esta calle popular y típica...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

DIBUJO DE MARÍN

CREACIONES DE LA MODA

No seríamos justos si afirmásemos que la fantasía creadora de la moda ha menguado en esta última etapa, en cuanto á variedad de tipos y á belleza de las formas. En los vestidos, particularmente en las faldas, la variación, hasta el presente, no ha sido muy notable. Aquel tableado meloso de la falda corta, á la manera de las falda-pantalón de las cany-bay americanas, que tanto furor hicieron, logró un éxito de larga duración, si se tiene en cuenta la variable inconstancia de la voluble moda. Después este corte de falda ha sufrido una pequeña modificación: ha vuelto á reducirse aquel gracioso vuelo amplio en un tableado más reducido que el anterior, ligeramente armado de forma en las caderas; y, por último, la modificación adoptada, que ha tenido también una gran aceptación, ha sido la aplicación de los bolsillos exteriores, de gran cartera, á ambos lados de la falda; modificación que no hay que negar contribuye grandemente á dar cierta maliciosa gracia á la falda, gracia



que, naturalmente, depende de la coquetería más ó menos refinada de la traviesa damita que la emplee como arma seductora. La silueta que forma la falda, alta de talle y con los amplios bolsillos laterales que pliegan el amplio vuelo, es la de un rombo. Esta moda tiene cierto aire de uniforme militar, influencia que desde el comienzo de la guerra ha intervenido profundamente en la orientación de la moda, afectando, principalmente, á los sombreros, cuyas formas, como es sabido, han copiado y siguen reproduciendo la variedad más completa de tipos y siluetas de gorros y cascos militares.

En esta plana se publican varios modelos. Todos ellos son recogidos, de escaso vuelo. En algunos de sus detalles recuerdan las prendas militares y parecen tener algo del gorro belga, del casco inglés. Es como si los modistos no pudieran sustraerse al ambiente bélico en que vive Europa hace ya tres años.

DE OTROS TIEMPOS  EL NAUFRAGIO DEL NAVÍO "SEPTENTRION"

NADA de tan triste actualidad como los naufragios, á la orden del día, con motivo de la intensa actuación submarina.

Por este motivo, queremos rememorar un naufragio glorioso de uno de nuestros buques, cuyo siniestro tiene bastante parecido con el caso de la histórica fragata *Numancia*, naufragando, cual si prefiriese la muerte al vilipendio de su venta.

Ocurrió á fines del siglo XVIII, y la víctima fué el magnífico navío de 64 cañones *Septentrion*.

Después de una existencia asaz accidentada, en la que el potente buque había mantenido con gallardía el honor de la Patria, decidióse, en el año 1784, desarmarle por viejo, en unión de otro inválido del mar, el vetusto navío *Rayo*, que se hallaba en Málaga, y al cual debía unirse el *Septentrion* desde Cartagena, para emprender juntos la póstuma peregrinación hacia la muerte, que debía aguardarles en el Arsenal de la Carraca.

Salió el *Septentrion* de la bahía de Cartagena el 30 de Octubre del citado año, con tiempo bonancible, que se descompuso á poco, declarándose un viento furioso del SE., con mar gruesa.

Varios días estuvo luchando contra la inclemencia de los elementos.

Cansado, maltrecho, agotado, sin descanso el inválido navío, defendióse sin tregua hasta que las fuerzas le faltaron, yendo á encontrar su tumba en las hospitalarias costas malagueñas.

Era la obscura noche del 3 de Noviembre, y estaba á punto de recalar en Málaga, donde le aguardaba su otro compañero de invalidez. Pero el mar, que disputaba tenazmente la presa, aunó sus esfuerzos con sus aliados atmosféricos, arrojando al buque contra la tierra, varándolo entre el primero y segundo cantal, á unas ocho millas al E. de la capital.

Por fortuna, un fondo de blanda arena había aprisionado con fuerte suavidad la quilla del navío. Pero la mar batía el casco con gran violencia y lo azotaba sin cesar.

Los heroicos esfuerzos de la tripulación lograron atajar la cuantía dolorosa del desastre.

El comandante, que lo era el bizarro capitán de navío D. Diego Quevedo, convocó á junta de oficiales, vista la gravedad de la situación, acordándose picar los palos, como único remedio para evitar los violentos movimientos del buque, que amenazaba desencuadrarse con adoloridos

quejidos, que ahogaba el fragor del airado temporal.

Pasó la angustiada noche en inminente y continuo peligro, y á la siguiente mañana lanzóse una jangada, á cuyo bordo iba un oficial, para comunicar á Málaga la terrible circunstancia en que se hallaba la tripulación y pedir urgente auxilio. El temporal, afortunadamente, había cedido mucho de su furor, como seguro de haber vencido definitivamente en la contienda. Pero, con todo, la mar continuaba bravía y gruesa, y aunque pudieron llegar á bordo tres lanchas durante todo el día 4, que salvaron á buena parte de la tripulación, la situación no dejaba por eso de ser inquietante para el resto y para la seguridad del navío.

Temeroso Eolo, al ver aquel salvamento, de que se salvaran aquellas víctimas propiciatorias de sus furores, desencadenó aquella noche un fuerte viento S., en contraste con el SO., de modo tan terrible, que la situación del navío empeoró de tal modo, que el agua montaba nueve pies por cima de la cubierta del sollado. Hízose necesario varar en la playa las embarcaciones que habían venido del puerto. A bordo quedaron el comandante con dos oficiales y 40 marineros.

Aquella triste noche fué horrible, y se perdieron definitivamente todas las esperanzas de salvar al pobre buque, que en vez de encontrar apacible sosiego en un rincón del Arsenal gaditano, iba á sucumbir gloriosamente.

Pero en aquella épica jornada, el vencimiento era despiadado y definitivo; la venganza, implacable y completa. El casco del naufrago se había abierto por varias partes y hubo que abandonarle del todo, perdida por entero toda ilusión de salvamento. Sus postreros tripulantes se salvaron tras afanosos trabajos.

El día 7 depuso algún tanto el temporal sus airadas furias, seguro ya Eolo del éxito de sus pasados enojos. Ello permitió el salvamento del mayor número de pertrechos, merced también á nuevos auxilios venidos de Málaga y Cartagena.

La tripulación, entretanto, acampada en la playa, no se separaba de las proximidades del viejo y querido buque.

Las fragatas *Pilar* y *Loreto* y la urca *Aduana* prestaron generosa asistencia al vencido navío,

que con gallardía sin igual aún ondeaba sus mutilados trofeos en gloriosos jirones que esbeltamente tremolaba sobre el traidor elemento, que lamía ahora, con engañosa mansedumbre, su dolorido cuerpo, que con tanta bravura y tesón había sabido defender las vidas confiadas á la firmeza de su casco.

No se perdió no sólo ninguna vida, sino que las pérdidas materiales quedaron reducidas al minimum, puesto que del interior logró salvarse todo el material importante, como los pertrechos, toda la artillería, seis morteros de placa y 120 pedreros que conducía de transporte, y mucha parte del herraje y otros metales; efectos que fueron embarcados á principios de 1785 en buques de comercio que los condujeron á La Carraca. Y ya que no pudo el navío encontrar asilo en el Arsenal gaditano, al menos sus despojos llegaron á su último destino.

Las citadas fragatas convoyaron los buques mercantes que conducían á La Carraca los despojos del *Septentrion*, mientras la tripulación naufraga era conducida á la capitalidad del departamento, donde había de formarse el inevitable proceso que la rutinaria Ordenanza dispone.

¡Triste amargura que aún tienen que apurar las víctimas de la fortuna! Después de luchar cruentamente contra los elementos, respetuosos esta vez para con los héroes del deber y de la disciplina, aún queda por librar la más ruda lucha contra los hombres, y, por sarcasmo, contra los compañeros, y tal vez, seguramente, contra los amigos. ¡Duras inflexibilidades de la Ordenanza!

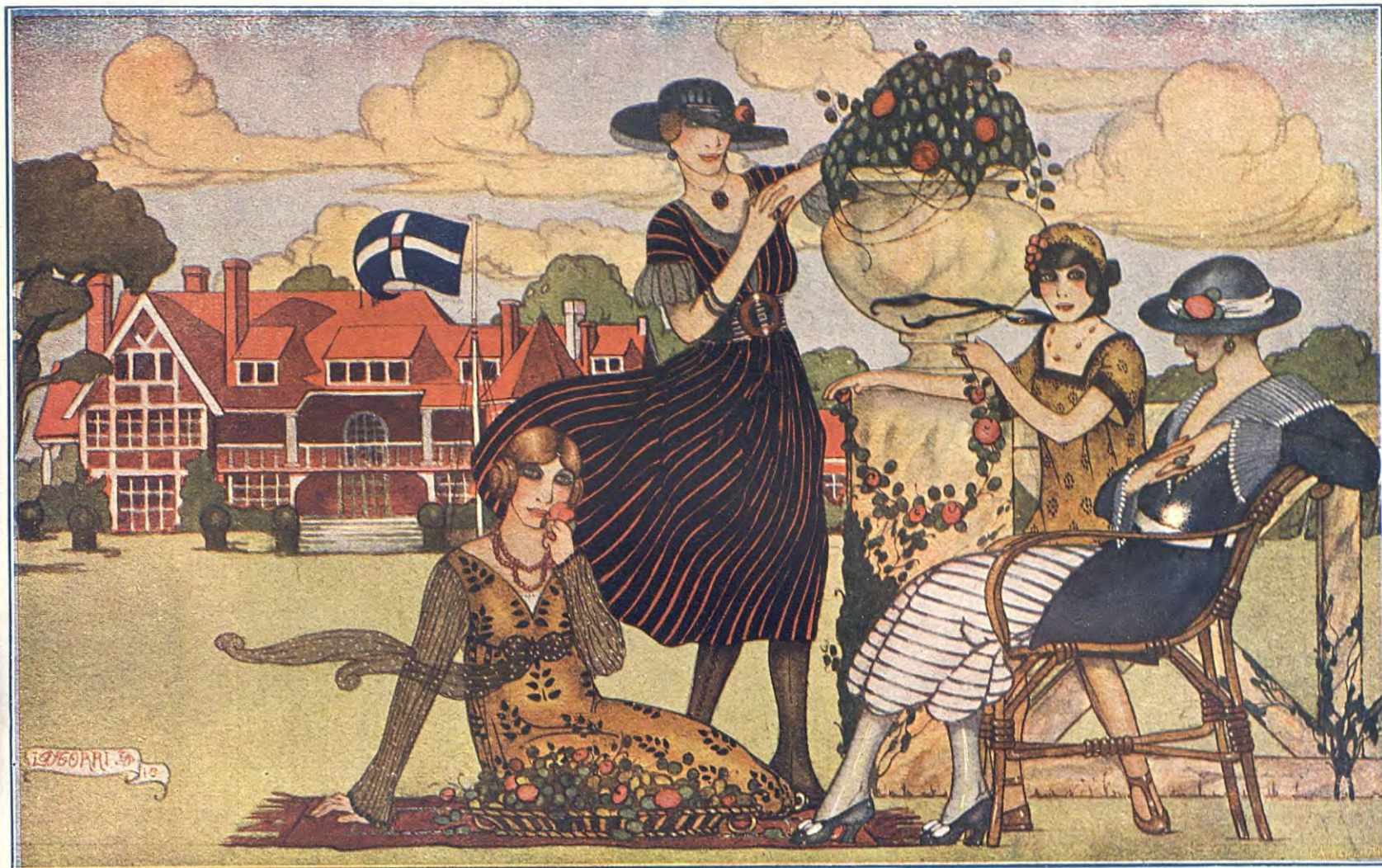
El glorioso casco del *Septentrion* no encontró, ni aun después de vencido y maltrecho, el eterno reposo que el mar, en sus profundidades misteriosas, ofrenda con cruel generosidad á sus víctimas.

La prosaica administración, entonces como ahora, que no entiende de psicologías, lo sacó á pública subasta, y el hacha de la codicia humana desgarró aquellas venerables entrañas que, con bravura sin igual, habían mantenido enhiesto el honor de la bandera española y que habían disputado á la muerte centenares de víctimas.

¡Negra ingratitud de los hombres para con el alma de las cosas!...

GUILLERMO RITTWAGEN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



REGATAS

TENEMOS, entre la lejana remembranza de nuestra niñez, el recuerdo de unos días sosegados y luminosos, en una villa marinera de la costa del Norte. Dormía la villa al abrigo del alto monte que le da sombra, arrullada constantemente por la ingente sinfonía del mar. Casi todo el año se pasaban los días en un ritmo sereno y grave, como el de los pueblos que en las comedias quinterianas se llaman Alminar de la Reina ó Arenales del Río. Alguna vez, durante el invierno, el Cantábrico cobraba su terrible tributo en las vidas de algunos pescadores, gente brava que tiene en su espíritu la ascendencia heroica de conquistadores y aventureros. Entonces, la villa se estremecía de dolor y rompía en un tremendo alarido de protesta. Las mujeres lloraban, los hombres rugían, levantando al cielo sus puños amenazadores, y los chicuelos miraban asombrados, sin comprender la magnitud de la tragedia. Y no faltaba algún filósofo pueblerino que pusiera al margen de la catástrofe el breve comentario que hizo famoso el cuadro de Sorolla: «¡Aún dicen que la pesca es cara!»

Pero el dolor se iba alejando, y el recuerdo se desvanecía poco á poco, con la fragilidad de todas las cosas humanas. Y la villa tornaba á hilar sus horas con el mismo ritmo de siempre, pausado y tranquilo. Sólo al llegar Septiembre salíamos de nuestro cotidiano sosiego, para vivir unos días de fiebre y de estruendo, con diana mañanera; procesión solemne y rumbosa, que presidían la levita del alcaide y el galoneado sombrero del comandante de Marina; fuegos artificiales, por unos afamados pirotécnicos de no sabemos dónde; conciertos en la plaza mayor y baile por todo lo alto. ¡Ah! Y regatas.

Casi siempre, el torneo tenía solamente interés local, porque en la lucha tomaban parte embarcaciones y remeros de la villa. Pero otras veces adquiría el prestigio de la rivalidad entre puertos distantes, porque se inscribían embarcaciones de lejanas matrículas. Y entonces los ánimos se ponían que echaban lumbre. Ya no eran los tiempos de Soileza, de Muergo y Tremontorio, cuando en el mismo puerto regateaban enconadamente los pescadores

de los dos barrios marineros, el de *abajo* y el de *arriba*; pero ya era el deporte náutico una manifestación de fuerza y de virilidad, de emulación y competencia, con atletas de pechos de ciclope, brazos de titán y enorme testa enmarañada. Tampoco habían adquirido los balandros el señoril imperio que hoy disfrutan en las fiestas del mar.

Aún no se hablaba de los deportes en esa jerga de galiparlante que entusiasma á algunos cursis de la crónica náutica. Se hablaba un lenguaje rancio y castizo, que parecía tener rudezas de ola embravecida y olor de brea. Mucho menos, las mujeres se habían decidido á intervenir en las luchas de embarcaciones en el mar, aumentando su interés y su belleza y dándole un encanto desconocido. Eso de andar en barcos, izando velas y manejando la caña del timón, era cosa de inglesas y alemanas, mujeres musculosas y extrañas, que se divertían á su manera guiando barcos en Cowes ó en Kiel. Pero los tiempos cambian, y los días presentes han ganado para las fiestas del mar á la mujer. Y ésta ha sido la mejor de las conquistas, porque es conquista de gracia, de belleza y de juventud. Ahora, cuando llega Septiembre, la villa costera de las regatas entre ciclopes de la costa verá cruzar por su bahía algún gentil balandro llevando en su cubierta á una mujer que, entre risas y exclamaciones de júbilo, da órdenes de arriar la *menor* ó izar la *escandalosa*.

Ya es en todos los puertos la más grande atracción de los programas náuticos, la regata entre yates tripulados por mujeres. Por lo menos, es la más bella. Actualmente en Santander, en Bilbao y en San Sebastián, hay muchas lindas mujercitas que esperan anhelantes la hora de probar su destreza, que llega á ser, á veces, intrepidez. La mujer—delicadeza y sentimiento—se ha sentido atraída por el mar—energía y fuerza—. Y ya se entrega á él, conquistada y vencida por su grandeza; lo hace campo de sus juegos y de sus gracias, desafía sus traiciones y sus abismos, y es en toda fiesta del mar el más galano atractivo, como es en tierra siempre el mejor adorno. Y parece que la mujer, más que el hombre, debe mandar en esas embarcacio-

nes de nombre gentil y de perfiles gallardos. Los balandros airosos y ligeros, con sus velas flotantes como alquices, sus movimientos rápidos y sus balanceos de cuna, son como un juguete frágil y femenino.

Contemplando en días de regatas cómo estos barcos se mecen y columpian sobre las aguas; viéndoles volar como gaviotas; cortar la lámina azul y tranquila como la de un espejo; abrir un surco de espumas rumorosas y brillantes; admirando desde lejos su rapidez y su gentileza, no se comprende que sobre ellos vaya un lobo de mar, uno de esos hombres de rostro bronceado y duro, hechos á la feroz pelea con las borrascas. Ni siquiera los que van ordinariamente, cultivadores de los deportes del mar por natural inclinación desde la infancia, porque están familiarizados con su ruido y con sus caricias. Blanco y alegre bajo el sol, con el velamen desplegado y el gallardete vibrante como una culebrina, el balandro parece un estuche que la coquetería femenina ha lanzado al mar. Por eso, en su cubierta se presiente la figura de una mujer, el señoril dominio de unos labios que mandan y el soberano imperio de una mano que se tiende en el aire, hacia la línea azul del horizonte, mientras los ojos—pasión y fuego en la lucha—miran lejos, más lejos, como si quisieran descubrir lo que hay más allá del límite en que se besan y confunden el cielo y las aguas.

Figúrate que un cañonazo ha saludado la presencia del balandro vencedor. A su bordo, erguido sobre la cubierta, viene la intrépida «patrona», con la mirada llameante por el triunfo y el pecho palpitante por la emoción. El viento ha jugado con sus cabellos y el mar ha empapado sus vestidos. Un ¡hurra! estruendoso llena el espacio, como grito de victoria. Luego, en el Club, que alza vecino al mar las agujas de sus torres y da al aire, sobre un mástil gallardo, la bandera de su matrícula, se celebra el triunfo de la mujer. No es un homenaje de flores deshojadas. Es un brindis, teniendo en alto la copa desbordante de champán.

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE LOYGORRI

CREPÚSCULO



Está la llanada á trechos
del color de los barbechos,
hosca, parda, aterronada,
bien removida y cruzada
por negros surcos derechos.

Y regalan los sentidos
trozos verdes y jugosos
que hay en los llanos tendidos,
llenos de paz, adormidos,
llenos de sol, luminosos.

Sus cadencias eglogales
rima un claro arroyo lido,
y reflejan sus cristales
la esmeralda del viñedo
y el oro de los trigales.

Las ovejas clamorosas
en torno de los rediles
triscan libres y nerviosas,
y en las praderas jugosas
pastan los potros cerriles.

De un tono grave y pristino
vaga un eco campesino

de coplas que dicen trances,
de un arcaico y peregrino
patrio sabor de romances.

En los límites galanos
de los limpios horizontes,
se destacan los enanos
promontorios de los montes
ondulantes y lejanos.

Y allá, en las suaves colinas,
dibujan sus líneas finas
verdinegros encinares
y plomizos olivares
entre brumas azulinas...

... Ya los rayos ardorosos
del rojo sol que fulgura,
van hiriendo bondadosos,
oblicuos y temblorosos
la extensión de la llanura.

Y una luz amarillenta
de cárdenos resplandores,
una ténue y macilenta

luz de lívidos fulgores,
cae sobre los llanos, lenta...

Va quedando el campo umbrío,
cubren el sol nubes rojas,
corre un vientecillo frío,
y hay un temblor en las hojas
de los álamos del río...

Y en las curvas lejanías
rompen las melancolías
crepusculares, las notas
patriarcales y remotas
de las blancas alquerías.

Del cotidiano reposo
para el gañán la hora llega;
ya es el momento sabroso
de aplazar el afanoso
rudo trajín de la brega.

Las carretas quejumbrosas
—riqueza de ambas Castillas—,
cruzan el llano calmosas
con las cargas olorosas
de sus doradas gavillas.

Y los mozos campesinos,
bien recios y bien cetrinos,
jinetes en fatigados
caballejos, van pausados
tras de los bueyes cansinos.

Muere del sol, áurea y fría,
la rojiza luz de hoguera,
tiñendo la lejanía
de una luz triste y postrera,
como una luz de agonía.

Y el silencio soberano
hiende un grave eco lejano
que todo el campo recorre,
y repiten torre á torre
todas las torres del llano...

Y al gemir las campanadas
broncas, solemnes, pausadas,
caen sus ecos plañideros
en la paz de los senderos
y en la paz de las cañadas...

ALBERTO VALERO MARTÍN
FOTOGRAFÍA DE SOL

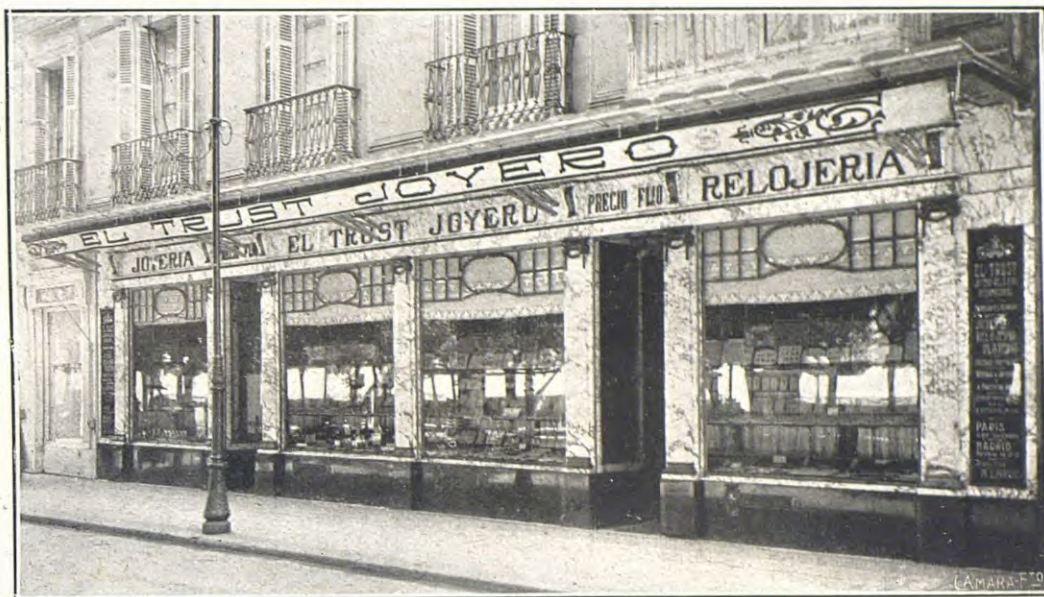
La sucursal de "El Trust Joyero" en San Sebastián

No son solamente el Municipio y el vecindario de San Sebastián quienes hacen cuanto pueden—y á veces más—por mejorar y engrandecer incesantemente la bella ciudad donostiarra.

En tan laudable labor rivalizan también importantes elementos del resto de la Península, cooperando patrióticamente al aumento de los atractivos, las comodidades y el ornato de la capital guipuzcoana, y así cada año son más abundantes y llamativas las mejoras que se ofrecen á la atención del veraneante.

En el presente verano ha correspondido dar la nota más saliente á una Empresa harto conocida y bien reputada en toda España: la de «El Trust Joyero», de Madrid, que ha inaugurado recientemente, en el sitio más céntrico de San Sebastián, en el «Boulevard», un suntuoso establecimiento, en el que no se sabe qué admirar más, si el lujo y la elegancia de la instalación ó la magnificencia y la riqueza de las joyas que expone en sus espléndidos escaparates.

En el mismo local que en la Alameda ocupó el café «Novelty», de interesante y grata recordación para los asiduos veraneantes, ostenta el nuevo establecimiento de «El Trust Joyero» una soberbia portada, en cuya construcción se han empleado los mármoles más ricos que se conoce, con especialidad el Portos y el Calacata



Fachada de la espléndida instalación que acaba de inaugurar "El Trust Joyero" en San Sebastián, Alameda, núm. 15



El director de "El Trust Joyero", D. Modesto Largo, en su magnífico despacho de la sucursal inaugurada en San Sebastián, despachando la correspondencia

italianos; portada que, por su originalísimo efecto y por su esplendidez, constituye un verdadero alarde de buen gusto, que supera á cuantos se han llevado á cabo en urbe donde tanto abundan como San Sebastián. Corona la portada una bellísima marquesina con vidriera de colores, que es, ciertamente, una admirable obra de arte.

En el interior, verdaderamente regio, del establecimiento, decorado con sujeción al estilo Luis XVI, dominan, en elegante conjunto y feliz combinación, las maderas más finas de caoba con artísticos bronceos y hermosas lunas venecianas. Las luces de cinco grandes lámparas de muy artística traza realzan la belleza del grandioso salón, que aparece resplandeciente como un ascua de oro, y la primorosa labor de una alfombra confeccionada por la Real Fábrica de Tapices de Madrid.

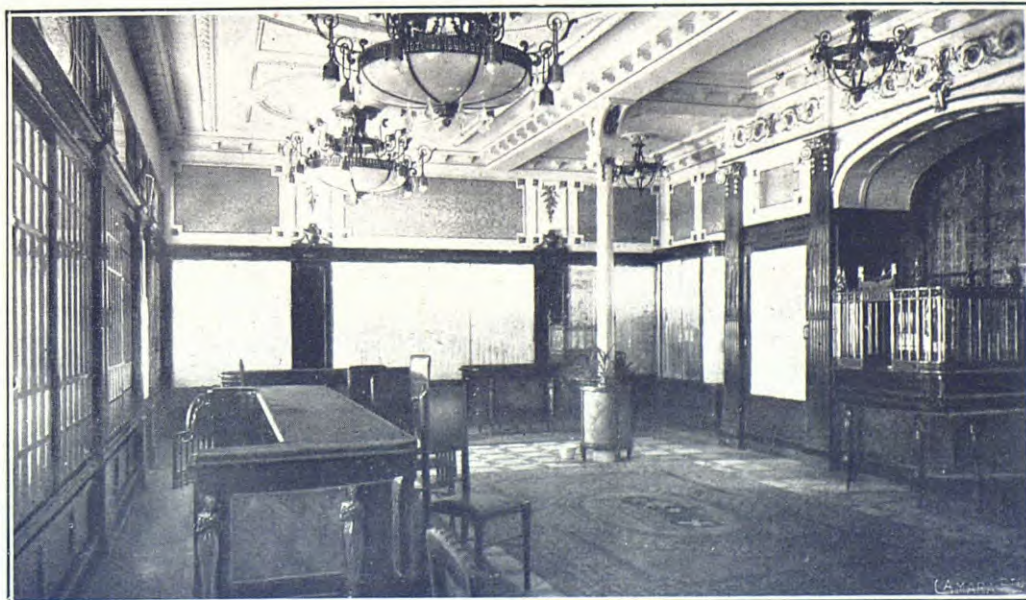
Lo más meritorio y sorprendente de tan artística obra es que haya sido ejecutada en menos de dos meses; actividad que honra á los artistas españoles que la realizaron bajo la dirección del prestigioso arquitecto donostiarra don Ramón Cortázar, con la cooperación de los constructores Sres. Gargallo y Hermanos, secundados, á su vez, por importantes elementos de Madrid y de San Sebastián.

Una idea aproximada de cuanto dejamos ex-

puesto pueden dar las fotografías que ilustran esta información, y es de veras sensible que no puedan llegar á darla de la soberbia hermosura de los escaparates y del extraordinario valor de las riquísimas alhajas que se exhiben en vitrinas y aparadores, donde, entre otras igualmente preciadas y valiosas, se halla una curiosa joya histórica: la diadema que perteneció á la reina María Pía, de Portugal.

La Empresa de «El Trust Joyero» y su inteligente director, D. Modesto Largo Alvarez, que no perdonó sacrificio alguno por acrecentar la importancia de su negocio y por satisfacer á su numerosa y aristocrática clientela, conquistada en pocos años de una perseverante labor fecunda en iniciativas felices, están recibiendo muchísimas y entusiastas felicitaciones. Muy merecidas, á decir verdad, porque aparte lo beneficioso de la iniciativa para San Sebastián y lo ejemplar para los comerciantes, cuya imaginación no suele volar más allá de los tejados de la plaza donde se establecieron por primera vez, no se puede hacer más ni mejor en menos tiempo que lo hecho por la inteligente actividad de D. Modesto Largo.

También está de plácemes la bella capitación easonense, por contar con un establecimiento modelo, el mejor de España y uno de los más suntuosos de Europa.



Elegante y suntuoso salón de ventas de la nueva sucursal que acaba de inaugurar en San Sebastián, Alameda, 15, "El Trust Joyero"

POTS. CARTE



DIBUJO DE PENAGOS

La juventud y la higiene siempre están con nosotros.
Residen en el **OXENTHOL**, **SUDORAL** y demás admirables creaciones de la **PERFUMERÍA FLORALIA**